

MESA REDONDA

Historia en acción. Experiencias de Historia Pública

A continuación, se presenta el resultado de un ejercicio de reflexión que tuvo lugar en el encuentro “Historia en acción. Diálogos para el futuro”, en el cual se convocó a tres historiadores públicos, o que su quehacer profesional se identifica con la Historia Pública, a dialogar sobre las posibilidades y desafíos de la Historia Pública y su agencia en un presente en el cual el rol de la historia parece cada vez más interpelado. Lo anterior adquiere especial resonancia en Chile en 2023, en que se conmemoran los 50 años del golpe de Estado ocurrido en septiembre de 1973.

La conversación reunió a Nancy Nicholls de Chile, Catalina Muñoz de Colombia y Noor Nieftagodien de Sudáfrica, a quienes se les propuso reflexionar en torno a cuatro aspectos: cómo entienden la Historia Pública y como definirían el rol del historiador público; la relación entre Historia Pública, activismo y justicia social; el rol de las comunidades en la creación de interpretaciones del pasado, las prácticas participativas en Historia Pública y la autoridad compartida; la Historia Pública y las conmemoraciones controversiales, como es el caso de los 50 años del Golpe de Estado en Chile.

Los tres historiadores se reunieron en una mesa redonda dirigida por las editoras de este número de Polifonías, y también historiadoras, Macarena Ponce de León y Daniela Serra. El evento tuvo lugar el 22 de marzo de 2023 en formato presencial en el Auditorio Rosende de la Facultad de Economía y Administración de la Pontificia Universidad Católica de Chile. A continuación, se presenta el resultado de este ejercicio dialógico, donde cada historiador expone sus reflexiones.



Nancy Nicholls Historiadora de la Pontificia Universidad Católica de Chile y doctora en Sociología de la Universidad de Essex de Gran Bretaña. Profesora del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Se ha especializado en las temáticas de historia y memoria, e historia del tiempo presente, utilizando entre otras, la metodología de la historia oral. El enfoque multidisciplinario ha guiado parte de las investigaciones que realiza, haciendo confluir en el análisis de las problemáticas históricas del tiempo presente, los enfoques y herramientas provenientes de la historiografía, pero también de la antropología, el teatro, el cine y la literatura.

1. La Historia Pública y el historiador público

La historia pública ha sido definida como el conjunto de actividades de producción y difusión de la historia que se realizan fuera del ámbito académico, y en las cuales participa como actor protagónico un público no especializado. Los ámbitos de acción y producción de la historia pública son, consecuentemente, muy variados pero el denominador común en todos ellos es la democratización del conocimiento histórico y el trabajo colaborativo que se produce entre la comunidad y los historiadores o científicos sociales profesionales. Como ha señalado Daniela Torres-Ayala, en la historia pública se genera una “apuesta por la dislocación de la producción y difusión de conocimiento histórico y del quehacer histórico tradicional por vía colaborativa entre profesionales de las ciencias sociales y (la) ciudadanía...¹”. El rol del

¹ Daniela Torres-Ayala, “Historia pública. Una apuesta para pensar y repensar el quehacer histórico” en *Historia y Sociedad*, No 38, Medellín, 2020, p. 229.

historiador público, por lo tanto, independientemente de si la iniciativa haya partido de él o de las comunidades involucradas en el quehacer histórico específico, es primordialmente de apoyo en base a su conocimiento experto. Esto es importante porque significa que las comunidades no se someten a la ‘autoridad académica’, sino por el contrario se trata de un trabajo de tipo horizontal, donde los saberes son compartidos y valorados por igual.

Si bien la historia pública fue definida y por ende constituida como una nueva forma de hacer historia a mediados de la década del setenta en Estados Unidos², su práctica ha estado presente desde mucho antes que el término fuese acuñado, como lo demuestra el trabajo editado por Denise D. Meringolo que recoge diversas experiencias en ese país en las que la historia se ha expandido hacia comunidades y un público amplio³. En Chile, ha habido y siguen habiendo variadas prácticas de historia pública que no son concebidas como tal, simplemente porque el término no es conocido por las comunidades ni el público involucrado en ellas, a la vez que recién comienza a ser utilizado por los historiadores profesionales.

2. Historia Pública, activismo y justicia social

Voy a referirme específicamente a la relación entre historia pública por un lado, e identidades políticas y activismo social por otro, a partir

² Torres-Ayala, *op. cit.*, p. 232.

³ Denise D. Meringolo (ed.), *Radical Roots: Public History and a Tradition of Social Justice Activism*, Estados Unidos CIUDAD, Amherst College Press, 2021.

de casos que han trabajado con historia oral. Las experiencias de relaciones exitosas en esta línea suelen ser iniciadas por una o más personas con una fuerte motivación por emprender una acción transformadora que implique beneficios sociales y, en ocasiones, económicos para una comunidad determinada. Este personaje o grupo tiene además claridad en los objetivos que persigue y puede ser parte de la comunidad o externo a ella, pero de manera relevante, no la invita a trabajar a partir de su condición de experto o experta. De modo que no se trata de una figura que se sitúa por encima del resto, sino más bien actúa como un facilitador o facilitadora del proceso que puede aportar con algunas habilidades o conocimientos. El saber, por lo tanto, está básicamente en la comunidad y una vez que este se ha sistematizado, por ejemplo, en un archivo de historia oral, el objetivo es que esté disponible para el público, que sus usos sean democráticos y rompan con lógicas de individualismo y competencia. Un ejemplo muy claro de esta dinámica lo podemos encontrar en el archivo 'Chicana por mi Raza Digital Memory Collective', cofundado en el 2009 por María E. Cotera, profesora de la Universidad de Michigan en Estados Unidos, dedicado a preservar las historias de los chicanos y latinos pertenecientes a la era de los derechos civiles⁴. María Cotera y su equipo entrevistaron a cientos de mujeres feministas chicanas que habían luchado por sus derechos, entrevistas que pasaron a formar parte de un

archivo digital. Buscando una forma diferente de concebir el archivo a la que se utiliza en la academia —en la que a su juicio se acumulan insumos que son primordialmente de uso personal— Cotera aplicó el concepto de co-construcción. Con esto concibió el uso del archivo como un 'encuentro' en el entendido que quienes lo consultaran dejaran algo a cambio, de modo que se produjera un "intercambio igualitario con responsabilidades"⁵. Pero además, su concepción de historia radical la llevó a visualizar el conocimiento adquirido por quienes fueran parte de dicho 'encuentro' como una suerte de extensión viva del archivo propiamente tal que asegurara su permanencia, sobre todo si en algún momento financieramente las condiciones amenazaran su existencia. María Cotera lo explica de la siguiente manera: "... *'And what if we think of the archive as every single individual who walks away from that engagement in that encounter and carries with them some knowledge seed, right, that even if the archive disappears, that can't? That doesn't disappear'*"⁶. Así, toda persona que consultara el archivo se convertiría en cierto modo en portador y transmisor de los conocimientos que este albergaba, modificando no solo el uso tradicional de archivo sino también su propia naturaleza. Creo que este caso, cuyo objetivo fue la creación de un archivo oral constituido por entrevistas a personajes con una potente identidad sociopolítica y con una historia de activismo y lucha por la justicia social, evidencia el aporte que puede hacer la historia pública. Lo que hace María Cotera es remover la concepción académica

⁴ Shane Bernardo, María E. Cotera, Fernanda Espinosa y Amy Starecheski, "What Are the Roots of Your Radical Oral History Practice?" en Denise D. Meringolo (ed.), *Radical Roots: Public History and a Tradition of Social Justice Activism*, Estados Unidos CIUDAD, Amherst College Press, 2021, p. 120.

⁵ Bernardo et al., *op.cit.*, p.130.

⁶ Bernardo et al., *op.cit.*, p.132.

mica y tradicional del archivo, generando una nueva forma de concebirlo y utilizarlo que se entronque con el ideal político que motivó el proyecto y con la tónica de las entrevistas a mujeres que colectivamente lucharon por sus derechos. Al realizar este giro deja abiertas las posibilidades de producción de nuevos conocimientos, así como de difusión del material que compone el archivo propiamente tal, lo cual puede llevar a nuevas capas de interpretación y dotación del sentido del pasado, y a potenciales nuevas formas de activismo social.

En Chile, un caso de historia pública que dio lugar a una rearticulación de identidades sociopolíticas entre los sectores populares fue el que se produjo durante la dictadura militar. En el contexto de las jornadas de protestas populares (1983-1986) en varias poblaciones santiaguinas se llevaron a cabo talleres de elaboración de historias locales. Apoyados por historiadores que trabajaban en ONG de educación popular, las pobladoras y pobladores se reunieron para realizar ejercicios de rememoración individual y grupal sobre la historia de sus poblaciones que luego fueron transformados en narrativas escritas. En los ochenta, no se conocía demasiado sobre la historia oral como disciplina académica en Chile; Mario Garcés, uno de los historiadores que a través de la ONG Eco Educación y Comunicaciones lideró iniciativas de este tipo, ha relatado cómo al comenzar este trabajo él y su equipo no tenían conocimiento alguno de la historia oral, solo la utilizaron porque les pareció el medio más adecuado y democrático para que las y los pobladores investigaran sobre la historia de sus

poblaciones⁷. Los principios básicos de la educación popular de Paulo Freire fueron aplicados para generar productos que involucraran al conjunto de las voces que tomaban parte en los talleres. Se utilizaban medios muy simples y de bajo presupuesto, como un papelógrafo en el cual se dibujaba una línea de tiempo, para incentivar el proceso de rememoración colectiva. Las y los integrantes de los talleres escogían aquellos acontecimientos de la historia poblacional que les parecían más relevantes y significativos; estos hitos se marcaban junto a la fecha de su ocurrencia en la línea de tiempo, donde una vez que todos y todas habían plasmado sus elecciones, se podían visualizar las coincidencias y diferencias. Se iniciaba entonces un debate sobre el significado de los eventos escogidos, en que iban apareciendo las memorias colectivas y de ese modo se iba armando el relato, que en su última etapa era volcado en el papel. Las y los pobladores coincidían en escoger el momento fundacional como uno de los hitos fundamentales en su historia personal y colectiva, en el cual habían pasado a ser propietarios de un terreno o en el mejor de los casos, de un terreno y una casa. Cuando los terrenos fueron conquistados a través de tomas, el momento de fundación estaba revestido de un fuerte sentido de orgullo⁸. El rol que tuvieron los hombres, y sobre todo las mujeres,

⁷ Nancy Nicholls, "El desarrollo de la historia oral en Chile de los talleres de educación popular a los estudios multidisciplinares (1980-2013)" en *Historia, Voces y Memoria*, No 6, Buenos Aires, 2013, p. 289.

⁸ Las tomas son ocupaciones ilegales de terrenos realizadas por familias sin casa con el objetivo de obtener un espacio propio en el cual construir sus viviendas. Apenas realizadas las tomas, sus habitantes levantan viviendas transitorias por lo general muy precarias que luego, si el Estado las reconoce, se transforman en estables y definitivas.

en la decisión de efectuar la toma, después en su defensa ante las fuerzas policiales que intentaban desalojarlos por la fuerza, y finalmente en el proceso de auto-construcción de las casas y negociación con el Estado para conseguir la infraestructura pública, era valorado y pasaba a ser un elemento decisivo en sus identidades individuales y en la identidad colectiva de las comunidades que conformaban. Por medio de un trabajo en conjunto con los historiadores, “el ejercicio de rememoración que implicó la elaboración de las historias locales, permitía a los pobladores entenderse como sujetos con historia, afirmando su capacidad de acción y su condición de actores sociales, en el acto de levantar hábitats urbanos”⁹. Lo anterior fue relevante en un contexto de persecución estatal hacia los habitantes de las poblaciones y del intento de anulación de sus identidades sociales y políticas. En los setenta los pobladores fueron vistos con sospecha por los agentes represivos del Estado, ya que en un porcentaje importante habían sido partidarios de la Unidad Popular; luego en la década de los años ochenta muchos jóvenes pobladores se convirtieron en protagonistas de las jornadas de protesta por lo cual fueron abiertamente perseguidos y reprimidos. De modo que el fenómeno de creación de historias locales dio lugar a procesos de rearticulación identitaria, en los cuales los pobladores valoraron sus luchas y conquistas pasadas, su agencia y capacidad de acción y transformación social. Ello a su vez generó un impulso para que tomaran fuerza diversas iniciativas de desarrollo local, tanto sociales como políticas, en una época en la cual

el desarrollo comunitario poblacional estaba imbricado con la resistencia política¹⁰. Organizaciones de subsistencia como las Ollas Comunes, los Comprando Juntos y los Talleres de arpilleras, así como organizaciones de derechos humanos, grupos juveniles y talleres culturales, tenían además del objetivo específico para el cual fueron creadas, un trasfondo político: la lucha contra la dictadura¹¹. Organizaciones de este tipo fueron las que se vieron revitalizadas tras la elaboración de historias locales.

En las iniciativas de historia pública, la justicia social ocupa un lugar central. Emparentada con los derechos humanos, es un concepto que surgió de la constatación de las grandes desigualdades sociales al interior de las sociedades y de la necesidad de superarlas. La justicia social por lo tanto se desarrolla en los

¹⁰ Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile V. Niñez y juventud*, Santiago, LOM Ediciones, 2002, p. 241.

¹¹ Las ollas comunes constituyen iniciativas de solidaridad popular que han surgido en diferentes momentos del siglo XX en Chile. En el contexto de dictadura, fueron instancias destinadas a paliar el hambre protagonizadas fundamentalmente por mujeres pobladoras y tuvieron un carácter más permanente que en el pasado, orientadas a la sobrevivencia del núcleo familiar. Se trató de la preparación colectiva de alimentos destinados a las familias que no contaban con los medios para adquirirlos. Los Comprando Juntos también fueron iniciativas populares que surgieron en el contexto de crisis económica y altas tasas de cesantía durante la dictadura. Consistían en la compra al por mayor de artículos de primera necesidad por parte de varias familias con el objeto de abaratar costos. Los Talleres de Arpilleras surgieron en la década del 70 tras el golpe de Estado. A través del bordado y el arte de unir retazos, las mujeres que los integraban creaban escenas de represión y pobreza pero también de solidaridad y trabajo comunitario, visibilizando de esta manera la violación a los derechos humanos cometidas bajo la dictadura. Las arpilleras que se comercializaron en el exterior gracias al apoyo de organismos como la Vicaría de la Solidaridad fueron importantes medios de denuncia a la vez que significaron instancias de sobrevivencia para sus integrantes, tanto mujeres familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos como pobladoras.

⁹ Nicholls, *op.cit.*, p. 270.

ámbitos donde se producen brechas sociales, pero también en aquellos donde históricamente ha habido inequidades de diferente signo. Hoy en día en Chile, la justicia social es un objetivo a alcanzar en áreas como la educación, la salud y la vivienda, pero también en relación a las inequidades de género, y extendiendo el concepto, a las discriminaciones de diversa índole que se expresan cotidianamente. En el centro de la justicia social está la dignidad, que se basa en el reconocimiento de los derechos humanos, y en su condición de universalidad, inalienabilidad e indivisibilidad. Chile es un país con grandes desigualdades sociales y económicas, y a ello se suma un clasismo y racismo del cual no se habla demasiado pero que está presente de manera velada y sutil —o bien claramente explícita— en los ámbitos laborales, educativos y en los espacios cotidianos donde la ciudadanía transita y se desenvuelve. Considerando lo anterior, la historia pública puede contribuir a la justicia social, promoviendo espacios de reflexión y de toma de conciencia de las inequidades presentes en las vidas de las personas o en sus entornos cotidianos, no solo entre los y las afectadas sino en la ciudadanía en su conjunto. A la vez, empoderando a las comunidades que han sido o son objeto de inequidad y discriminación, para incentivar o revitalizar procesos de transformación y de mejoramiento de la vida de sus integrantes.

Una experiencia contemporánea de historia pública, que tanto en el proceso mismo como en sus resultados, persigue la justicia social es el proyecto de historia y memoria local del Departamento de Historia de la Universidad de

Santiago (USACH) liderado por el historiador Daniel Fauré¹². El proyecto surgió en el año 2016 (y continúa vigente) ante las demandas de los estudiantes de diversos cursos electivos de educación popular, trabajo comunitario y gestión cultural de esa casa de estudios, para que se generaran instancias de aplicación de los contenidos enseñados en los territorios. Los estudiantes incluso señalaban que no tenía mucho sentido impartir conocimiento teórico en dichos cursos si no existía la posibilidad de aplicarlo. Daniel Fauré entonces, respaldado por el Departamento de Historia, creó un proyecto para que el alumnado trabajara directamente con las organizaciones populares de Estación Central, comuna donde está situada la USACH. El proyecto se transformó en el programa 'Memorias de Chuchunco' siguiendo la metodología de Aprendizaje Servicio (A+S) "que se basa en un diálogo de saberes donde las y los estudiantes colocan al servicio de las comunidades algunos saberes disciplinarios que puedan ayudar a resolver problemáticas concretas de éstas y, al mismo tiempo, aprenden de las experiencias asociativas y organizativas de los integrantes de dichas comunidades"¹³. El programa ha estado centrado en la reconstrucción de la historia de poblaciones del sector, basada en la memoria de sus habitantes y en el rescate y puesta en valor del patrimonio comunitario. Ha permitido a los estudiantes acceder a una

¹² Es importante señalar que el proyecto no ha sido concebido como una iniciativa de historia pública ni por el equipo de historiadores ni por la comunidad de pobladores, si bien cumple con todas las características que la definen.

¹³ Fauré Daniel y José Valdés, "Memoria, educación popular y gestión cultural comunitaria: convergencias y proyecciones desde la experiencia chilena (1985-2018)" en *Nuestra América*, vol. 8, No 15, Concepción, 2020 p. 201.

formación, que si bien no está conceptualizada como historia pública, claramente está en la línea de lo que se entiende por ella. La educación popular y la historia social constituyen referentes teóricos y metodológicos claves y explícitos en el programa. Daniel Fauré se refiere al objetivo que este perseguía al crearse, en términos de formación de los estudiantes:

...queríamos que nuestro estudiantado pudiera formarse como historiadores e historiadoras de cara a las comunidades, entendiendo que el trabajo del historiador no es solo estar encerrado en un archivo sino también se puede construir historia y se debe construir historia en diálogo con los protagonistas vivos de los procesos, nos fuimos a trabajar a la población Los Nogales, población emblemática (...) hay una historia ahí de organización y lucha muy importante en esa población sobre todo de resistencia a la dictadura¹⁴.

Para las vecinas y vecinos de las poblaciones el sentido del programa radica en la rearticulación y fortalecimiento de sus identidades sociales, proceso que se genera a partir de la elaboración de su pasado como comunidad a través de la memoria. Siguiendo los principios de la educación popular, que indudablemente son los que guían las iniciativas de reconstrucción de las historias de comunidades locales en Chile, son las pobladoras y pobladores quienes

eligen qué recordar y cómo interpretar sus recuerdos; del mismo modo, qué rescatar como patrimonio está definido por lo que ellas y ellos consideran que forma parte de él. Así, se han recopilado actas de reuniones, panfletos y volantes, banderines de clubes, entre otros objetos conectados a su historia colectiva¹⁵. El proceso de reconstrucción histórica se va generando a partir de las necesidades, intereses y demandas de los mismos pobladores, como ocurrió en el segundo lanzamiento del libro "Memoria social de la población Los Nogales (1947-2015)", en enero del 2017. En la oportunidad, una dirigente reconocida de la población expresó:

Estoy muy agradecida por el trabajo que han realizado. Sin embargo, cuando uno lee el libro, acá se recoge fundamentalmente la historia de los hombres de la población. Yo no quiero decir que no crea que lo que han hecho los dirigentes no sea importante, al contrario, pero por cada uno de ellos que estaba trabajando por lograr algún adelanto para la población, había una mujer que estaba intentando hacer milagros para darle de comer a un grupo de niños chicos. Y eso también es historia¹⁶.

A partir de ahí surgió el proyecto sobre las historias de las pobladoras. Las iniciativas de construcción de historias locales permiten recomponer o reactualizar el tejido social, que

¹⁴ "Entrevista a Daniel Fauré-STNC-22 07 22" Radio Usach, Disponible en: <https://anchor.fm/podcast-radio-usach/episodes/Entrevista-a-Daniel-Faur--STNC--22-07-22-e1lit6u/a-a89nfa4> [fecha de consulta: 24 de enero de 2023].

¹⁵ Véase El Archivo de los Nogales. Memoria social y patrimonio cultural de la población Los Nogales (1948-2017). Disponible en: <http://poblacionlosnogales.cl/>

¹⁶ Mariana Aguilera, Romina López y Daniel Fauré, *Mujeres pobladoras: tejendo memorias desde la población Los Nogales (1948-2017)*, Quimantú/Ed. Chuchunco, 2020, p.11.

en las poblaciones como las que componen Estación Central, constituyen un recurso que tiene su propia historicidad recogida y significada en la memoria colectiva de sus habitantes. Como dice Daniel Fauré: "...para los sectores populares nuestro principal patrimonio -de hecho- es nuestra memoria, si hay algo que no nos pueden quitar son las formas en que interpretamos nuestro propio pasado..."¹⁷. El proceso de elaboración de memoria y la rearticulación identitaria que lo acompaña, redundan en el fortalecimiento de la organización comunitaria y de los proyectos de cambio orientados a la reducción de la inequidad. A mi juicio, los resultados concretos de esta, como otras iniciativas similares, pueden ser variados, pero sin duda dentro de sus logros pueden nombrarse el empoderamiento de las comunidades, el fortalecimiento de su identidad colectiva y la conquista de la dignidad a través del recurso a la memoria y al patrimonio propios. Una de las mayores dificultades que enfrentan las iniciativas de historia pública no institucionalizadas es el acceso a financiamiento que no está siempre garantizado en el tiempo, por lo cual han dependido del apoyo que puedan otorgar organismos o instituciones externas de modo de hacerlas viables a través del tiempo. La forma de aproximación de quienes desde fuera de la comunidad quieren impulsar iniciativas de historia pública encaminadas a la justicia social es un factor susceptible de convertirse en una dificultad si no está bien ejecutada.

¹⁷ "Entrevista a Daniel Fauré-STNC-22 07 22", Radio Usach, 22 de julio de 2022. Disponible en: <https://anchor.fm/podcast-radio-usach/episodes/Entrevista-a-Daniel-Faur--STNC--22-07-22-e1lit6u/a-a89nfa4> [fecha de consulta: 24 enero 2023].

Los pobladores, por ejemplo, han denominado como 'extractivismo académico' el fenómeno de investigadores que acuden a las poblaciones para desarrollar sus proyectos, los cuales a su juicio, buscan principalmente la obtención de información para su propio beneficio¹⁸. Esta problemática, que aparentemente puede verse como una falla meramente de procedimiento, es en realidad mucho más profunda, porque se relaciona con la desconfianza de las comunidades hacia los profesionales que se aproximan a ellas de una forma vertical, paternalista o pasajera. Daniel Fauré puede dar cuenta de una experiencia exitosa en este sentido. Sobre de los primeros acercamientos del equipo del proyecto a la comunidad de Los Nogales, señala:

A mí me sorprendió que hubiera tan poca resistencia de parte de ellos a aceptar el proyecto y que un aspecto importante fuera lo legitimada que estaba la USACH en el territorio (...) y segundo, que nosotros fuimos bien insistentes en explicar la metodología¹⁹ (...) con ese ejercicio de

¹⁸ Daniel Fauré, historiador, en discusión con la autora, 17 de marzo 2023.

¹⁹ La metodología utilizada en el proyecto consistía en la realización de varias 'asambleas abiertas' o 'encuentros de memoria' en el primero de los cuales los pobladores y pobladoras decidían las temáticas y periodos de la historia de la población que serían trabajados a partir de sus memorias. Se utilizó la línea de tiempo en concordancia con la tradición de historias locales inaugurada en los ochenta. Los encuentros fueron realizados en la parroquia, un espacio legitimado en la población, que permitía reunir a representantes de tendencias políticas diversas. El equipo de la USACH conformado por Daniel Fauré y los estudiantes, solo sistematizaban las narrativas de memoria que iban surgiendo en los encuentros, por lo tanto, a los pobladores les quedaba claro desde un comienzo que los autores del libro serían ellos mismos. La responsabilidad de las convocatorias a los encuentros fue traspasada a los pobladores, de modo que ellos fueran los protagonistas de todo el proceso. Fauré, discusión.

honestidad intelectual también, la dirigencia, sobre todo, baja la guardia, dice 'ya probemos', o sea no fue así con los brazos abiertos, pero 'probemos, veamos qué sale' (...) nos dijeron 'sí, pero aquí ha venido gente, nosotros recibimos a todos', y el problema de ellos no era tanto con la lógica del extractivismo sino con la lógica de la permanencia, 'viene la gente, hace un proyecto muy lindo, nos sirve mucho, trabajan con niños, trabajan con mujeres pero después igual se van, igual nos dejan, si ustedes se quedan, bacán, pero vamos a ver si se quedan'...²⁰

Un trabajo horizontal, comprometido y colaborativo entre profesionales externos y miembros de la comunidad es clave para su éxito, sobre todo si se considera que los principios de la justicia social que persiguen proyectos de este tipo debieran estar presentes también en su proceso de ejecución.

3. Autoridad compartida y prácticas participativas en la Historia Pública

Por lo general, los miembros de las comunidades que participan de iniciativas colectivas en base a la historia oral no tienen un conocimiento experto o académico sobre el pasado como es el que pueden poseer los historiadores profesionales, pero tienen el conocimiento de su propia historia tanto individual como colectiva adquirido a través de la experiencia. Lo interesante es que junto con el conocimiento de los hechos, poseen también la ca-

pacidad de interpretar su pasado. Esto podría pensarse como una cualidad inherente al ser humano, que cuando mira su historia, no solo la reconstruye fácticamente sino también la interpreta²¹. Jeremy Brecher, uno de los líderes del Brass Valley History Project en Estados Unidos, se refiere a esta capacidad interpretativa de sus entrevistados. Brecher y su equipo llevaron a cabo un proyecto sobre la historia de los trabajadores de la industria del latón en el Valle de Naugatuck, hacia fines de la década de los setenta y comienzos de los ochenta. Entrevistado por Daniel Kerr en enero del 2016 y luego en enero del 2017, explicó que al entrevistar no solo buscaban el relato de los eventos sino también el sentido que estos tenían: *"We would ask people what they thought it meant (el evento relatado en la entrevista) and to put things into historical context. We really said, 'The people that we're approaching are the experts, and they're the theorists.' They had spent their entire lifetimes watching, listening, analyzing, trying to figure out what was going on. There were people who were just spectacular as far as their depth of understanding and reflection on what this whole experience meant"*²². Es decir, los testimoniantes tienen muy clara su historia, pueden reconstruirla sin mayores problemas a partir de la memoria. Sabemos que esta última es una representación del pasado realizada desde la subjetividad de los individuos y grupos; los hechos son narrados, ordenados,

²¹ Alessandro Portelli, *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*, La Plata, Prohistoria Ediciones/FaHCE, 2016, p. 23.

²² Daniel Kerr, "We're All Bozos on This Bus": An Oral History with Jeremy Brecher" en Denise D. Meringolo (ed.), *Radical Roots: Public History and a Tradition of Social Justice Activism*, Estados Unidos CIUDAD, Amherst College Press, 2021, p.169.

²⁰ Daniel Fauré, historiador, en discusión con la autora, 17 de marzo 2023.

puestos en contexto e interpretados de acuerdo al sentido que estos tienen para quienes rememoran a partir de un presente determinado. Cuando las comunidades y los historiadores públicos utilizan la fuente oral como forma de acceder al pasado lo hacen proyectándolo al presente y futuro de dichas comunidades, y por lo tanto el sentido que tiene la narrativa de memoria para sus propios enunciantes cobra relevancia y la interpretación del historiador o historiadora profesional pasa a segundo plano. El foco no está puesto en el resultado académico del proceso de investigación histórica, sino en cómo el conocimiento producido impacta en la vida de las personas para mejorarla. Lo que se escoge para narrar, lo que se deja fuera, cómo se narra, qué significado tuvieron los eventos mientras estaban teniendo lugar y en el momento de la entrevista, son todos aspectos que las comunidades y el historiador público ponen de relieve. A la vez, lo que ocurre con las comunidades en el proceso mismo de indagación también se releva, sean cambios en las formas de interpretar el pasado, de relacionarse con otros miembros de la comunidad o con las autoridades locales. Citemos el caso de las historias locales que se desarrollaron en los años ochenta en Santiago y otras localidades de Chile —a las que me he referido más arriba—. En ellas, las tomas de terreno que habían dado origen a muchas de las poblaciones de la capital eran relatadas con matices heroicos e incluso la narrativa adquiría características propias del realismo mágico²³. Se acuñó el

término ‘mito fundacional’ para referirse a la forma que adquiriría el relato de los orígenes, dado su componente de exageración o ficcionalidad²⁴. ¿Por qué el origen se narraba de esta manera? Una de las explicaciones a las que se llegó en el Seminario sobre Historias Locales organizado por ECO en 1993, fue que en las tomas y en los primeros meses que las siguieron se expresaron la determinación, la acción colectiva, la solidaridad y la organización de las pobladoras y pobladores que lograron mantenerse en los terrenos ocupados pese a la represión policial y a las precarias condiciones en las que debieron vivir en esos momentos. Y esto era motivo de orgullo, además de la consideración sumamente relevante de que provistos de historia, eran capaces de verse a sí mismos como actores en el escenario político-social en el cual se realizaba el ejercicio de memoria. Ello a su vez se tradujo en refuerzo e incentivo “... para el trabajo comunitario de base expresado en organismos de derechos humanos, organizaciones de subsistencia como las Ollas Comunes y los Comprando Juntos, grupos juveniles, comunidades cristianas y un sinnúmero de otras organizaciones de base...”²⁵ que actuaron desde una lógica de oposición a la dictadura. Una de las limitaciones en la interpretación del pasado realizada por las comunidades, es el riesgo de que ésta sea concebida como una

poblaciones albergaron a miles de mujeres, hombres y niños que no tenían casa y que en la gran mayoría de los casos habitaban en viviendas precarias levantadas en sitios marginales de las principales ciudades del país.

²⁴ Ana María Farías, Garces Mario y Nancy Nicholls, *Historias locales y democratización local. Ponencias, debate y sistematización del Seminario sobre Historias Locales organizado por ECO*, Santiago, ECO, 1993, p. 61.

²⁵ Nicholls, *op.cit.*, p. 274.

²³ Se denominan poblaciones a los conjuntos habitacionales urbanos que se levantaron a partir de mediados del siglo XX en Santiago y otras ciudades del país, como producto de tomas de terreno o como resultado de planes habitacionales estatales. Las

verdad absoluta o una versión única y unívoca de la historia. Es evidente que en el seno de una comunidad coexisten diferentes visiones sobre un pasado compartido, que provienen sobre todo de las memorias de sus miembros, y que en ocasiones incluso están enfrentadas y no dialogan. Ello tiene que ver con las diversas posturas político-ideológicas, así como con los diferentes roles y tradiciones organizativas que habitan al interior de las comunidades, o incluso con rivalidades de orden personal. Hacer dialogar la pluralidad de memorias e integrarlas en un relato que admita el disenso y el conflicto es importante en este sentido, para ampliar las posibilidades de interpretación. Abordar críticamente los diversos sentidos del pasado puede ser un ejercicio muy fructífero para las comunidades, que aporte además a la comprensión del rol que tienen los mitos, imaginarios y 'errores' presentes en las narrativas de memoria. Junto con el amplio desarrollo de las historias locales que comenzó de manera sistemática en los años ochenta y continúa hasta hoy, otra de las prácticas participativas favorables para el desarrollo de la historia pública en Chile es la actividad teatral. El teatro ha sido un dispositivo utilizado por dramaturgos y actores, pero también por historiadores públicos, para representar acontecimientos del pasado que por su impacto y trascendencia a nivel social y político han sido importantes de elaborar, evidenciar y comunicar. Un ejemplo de cruce entre historia y teatro es el proyecto que se realizó en el 2008 en la escuela de Teatro de la UC, sobre las vivencias de niños y niñas provenientes de familias opositoras a la dictadura militar que no habían sufrido represión directa. El proyecto contempló la realización de entrevistas de his-

toria oral a trece mujeres y hombres entre 30 y 48 años que habían sido niñas y niños para el golpe de Estado en septiembre de 1973 o para el ciclo de protestas populares (1983-1986)²⁶. La puesta en escena resultante fue de tipo experimental, en la cual el público entraba a la sala de teatro con walkmans y casetes —evocando los 80— que reproducían fragmentos seleccionados de las entrevistas para que fueran escuchados en determinados momentos de la obra. A través de esta forma inusual de incorporar las voces de los protagonistas a la teatralización realizada en el escenario por los actores, el público se conectaba con las historias de esas niñas y niños que se estaban representando. La memoria se gatillaba, en el caso del público que había vivido ese periodo histórico y las y los espectadores podían transportarse a través del recuerdo a vivencias similares de aquellos años. En una época en que había un corpus pequeño de investigaciones sobre los niños y niñas en dictadura, esta obra puso en el tapete una temática descuidada y olvidada. En varias funciones que tuvieron lugar ese año y en los años siguientes, el público asistente pudo visitar el pasado histórico reciente que había vivido o que había escuchado por boca de algún testigo de la época, o bien conocía en base a libros, *films*, documentales y otros dispositivos representacionales. Y como sucede con el teatro, luego de la función, los espectadores conversaban sobre la obra y de ese modo, un pasado silenciado —muchas veces porque las personas no creen relevante hablar de lo que

²⁶ María José Contreras, Milena Grass y Nancy Nicholls, "Pajarito nuevo la lleva. Teatro e memoria. Estrategias de representação e elaboração cênica de memória traumática infantil" en *Aletria*, vol. 17, Belo Horizonte, 2009, pp.157-158.

vivieron cotidianamente cuando niños y niñas, o bien porque sus experiencias en dictadura no les parecen suficientemente graves— pudo emerger y ser verbalizado, compartido e integrado a sus historias personales y familiares. También existe en Chile el teatro que aborda temáticas históricas, explicita su componente político y lleva las puestas en escena a espacios no tradicionales, articulando su trabajo con las propuestas y acciones de las comunidades con las que se vincula. Es el caso del colectivo Tarea Urgente formado en el año 2013, cuyas obras han estado centradas en la historia de los trabajadores y de los movimientos sociales en el Chile reciente. Una de ellas trató sobre los Cordones industriales, experiencia de organización política surgida desde las bases del movimiento obrero y de los partidos políticos de izquierda hacia fines del gobierno de la Unidad Popular. La idea de las integrantes del colectivo fue llevar la obra a diversos territorios de Santiago que históricamente no han tenido acceso al teatro y apoyarlos en los procesos sociales o políticos particulares que estaban impulsando. Por ello no se trata solo de una aproximación a las comunidades y organizaciones sociales para hacer una función, sino que el colectivo busca articularse con los territorios y representar la obra en diálogo con sus necesidades y demandas. Para ajustarse a las dinámicas de las organizaciones locales, el colectivo creó una versión corta de la obra Cordones industriales, que no necesitaba andamiaje ni iluminación ni los demás elementos propios de un montaje. Así, fue posible presentarla dentro del marco de actividades que las agrupaciones barriales tenían planificadas y que incluían múltiples participantes.

Una de las integrantes del colectivo relata:

“...cuando vino el estallido social, o sea en esa época, con esta muestra corta de Cordones industriales que armamos, es la muestra de veinte minutos, donde no tenemos los andamios, somos los personajes así nomás, con algunos textos, fuimos a muchas asambleas territoriales para apoyar su organización territorial, para a lo mejor ser parte de la parrilla programática de sus actividades”²⁷.

Para el colectivo es fundamental compenetrarse con las comunidades, dialogar y entender su dinámica; es a la vez muy relevante transmitir el mensaje de transformación que está presente en las cuatro obras que han creado. Los espacios y comunidades donde representan sus puestas en escena son diversos, pero para el colectivo es importante ir a “esos lugares donde las papas queman, donde hay mucha precariedad, donde el mensaje activista, y el mensaje de transformación puede ser realmente potente, donde podemos escuchar y estar empapadas de lo que sucede en la población, con los niños, la mamá, la guagua, el perro, todo eso”²⁸. En el colectivo Tarea Urgente participan las historiadoras Ana López y María Graciela Acuña, pero las actrices han aprendido varios aspectos del oficio del historiador. Se han sumergido en las fuentes escritas para anali-

²⁷ “Teatro Tarea Urgente”, Entrevista No 4, Centro de Investigación, Archivo y Documentación Teatral, realizada por Vania Maturana, Lucía Espinosa, Héctor Ponce de la Fuente. Disponible en: <https://artes.uchile.cl/dam/jcr:c2c12dc4-d3a9-4e32-b2c6-8cac9b883c8e/entrevista-tarea-urgente-noviembre.pdf>. [fecha de consulta: 22 de enero de 2023].

²⁸ *Ibid.*

zalarlas y se han capacitado para realizar entrevistas de historia oral a las y los protagonistas de las historias que quieren visibilizar. Lo que las mueve a representar eventos históricos como el de los Cordones industriales es una finalidad política; se trata para ellas, de luchas que otros hicieron en el pasado, que intentan develar y comprender, y a la vez permitir que otros —el público— también conozcan y comprendan en el contexto actual. Explican:

“Nosotras no nos definimos como un teatro pedagógico, pero sí cumplimos y sí entramos en ese rol a veces. Todas nuestras obras tienen un componente educativo, entregan información que no es tan fácil de acceder (...) Los Cordones Industriales como una historia desconocida para nosotros, y resulta que la gente va a la Fábrica Outlet a comprarse ropa sin saber que esa era la fábrica Sumar donde se enfrentaron a cañonazos con un helicóptero en pleno 11 de septiembre. Entonces tiene que ver con romper con la hegemonía de los discursos, de la memoria...”²⁹.

Estos ejemplos muestran cómo la historia puede llevarse a públicos amplios a través del teatro; en ambos casos se trata de eventos de la historia reciente de Chile que dada su densidad histórica y la disputa de que han sido objeto, sobre todo a nivel de la memoria colectiva, se hace necesario visibilizar, debatir e interpretar. Lejos de buscar un consenso sobre un pasado complejo y disputado, más bien el objetivo que se persigue es darlo a co-

nocer, romper incluso el tabú que lo rodea y estimular las memorias personales y colectivas para movilizarlas en el presente. En última instancia, se plantea contribuir a la elaboración de un pasado que aún nos divide, o bien ponerlo a disposición de las comunidades de modo de incentivar procesos de transformación que estén teniendo lugar en su interior.

4. 50 años del Golpe de Estado en Chile y las posibilidades de la Historia Pública

En relación a los 50 años del golpe, pienso que el aporte y la diferencia de la historia pública respecto a la historia académica radica en el involucramiento de la comunidad en la conmemoración, sean los y las sobrevivientes, los familiares de las víctimas, las vecinas y vecinos de los barrios donde funcionaron los centros de detención clandestinos u otros miembros de la sociedad civil. Las conmemoraciones y más específicamente los memoriales y monumentos que recuerdan y honran a las víctimas del terrorismo de Estado bajo dictadura, han sido por lo general fruto de políticas públicas o acciones estatales específicas que responden a las demandas de los sobrevivientes, familiares de las víctimas y defensores de los derechos humanos. El involucramiento de estos varía, pero en los casos en que es significativo, la memoria cobra relevancia, con lo cual las víctimas no solo se conceptualizan como números o casos, y más relevante aún, no solo se definen por su condición de tales. El recurso a la memoria visibiliza sus biografías donde las militancias sociales y políticas, o las relaciones intersubjetivas son resignificadas y puestas en valor.

²⁹ *Ibid.*

Una experiencia de memorialización y conmemoración interesante es la que se llevó a cabo en la localidad de Paine, donde en 1973 fueron ejecutados o hechos desaparecer setenta hombres, en su mayoría campesinos, que habían participado de la Reforma Agraria durante el gobierno de la Unidad Popular. Si bien las viudas y otros familiares se movilizaron tempranamente en busca de sus seres queridos, su constitución formal como Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Ejecutados de Paine, no se produjo sino hasta el año 2000. Ante la necesidad de las familias de visibilizar a las víctimas, y a la vez contar con un espacio de encuentro y rememoración, en el año 2002 y gracias al financiamiento del Estado se levantó el ‘Memorial Paine. Un lugar para la Memoria’, consistente en un bosque topográfico de, aproximadamente, 1.000 postes de madera. En su interior faltan 70 postes, que representan a las víctimas y que fueron reemplazados por mosaicos que sus familiares realizaron escogiendo escenas que los retrataran en su historia e identidad³⁰. La tercera generación se ha involucrado en la Agrupación y específicamente en el Memorial, con lo cual se ha generado una “agenda intergeneracional” como señalan Steve Stern y Peter Winn, que ha permitido a las y los jóvenes ‘conocer’ a sus abuelos y tíos abuelos, a la vez que proponer acciones de tipo cultural y pedagógico en la línea del respeto y defensa de los derechos humanos³¹. Esto es lo interesante de este pro-

ceso de memorialización y conmemoración de las víctimas; las mujeres primero —sobre todo las viudas— pero luego los jóvenes de la tercera generación, han sido los actores fundamentales en la constitución y mantención en el tiempo del Memorial Paine. Juan René Maureira, historiador y nieto de René Maureira, una de las víctimas de Paine desaparecida el 16 de octubre de 1973, ha sido uno de los principales dirigentes juveniles de la agrupación. De modo que iniciativas de historia pública como ésta, incorporan otra capa de significados a los eventos, aquella que proviene de la memoria de los familiares e incluso de las propias víctimas cuando estas han sobrevivido. La conmemoración, por lo tanto, recoge el entramado subjetivo con el cual la memoria se construye, cobrando importancia todo aquello que constituyó a la víctima más allá de su condición de tal: su militancia, su trabajo, su cotidianidad, su personalidad y sus afectos.

En relación a las terceras generaciones, desde hace algunos años estas han comenzado a manifestar interés por involucrarse en los procesos de memorialización relacionados con las víctimas de la dictadura chilena. El interés proviene de los descendientes directos, quienes, como lo han demostrado estudios en el ámbito de la psicología social pueden ser afectados por las experiencias traumáticas de sus abuelos y abuelas³² lo cual influye en

morialización”, en Peter Winn, Steve J. Stern, Federico Lorenz y Aldo Marchesi, *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*, Santiago, LOM Ediciones, 2014, pp. 264-270.

³² Ximena Faúndez, Jean Luc Brackelaire y Marcela Cornejo, “Imágenes de la detención de presos políticos de la dictadura militar chilena reconstruidas por los nietos” en *Psyche*, vol. 22, No 2, 2013, pp. 83-95.

³⁰ Vanessa Haro, Mauricio Ibarra y Catalina Riquelme, “El arte de recordar: trabajo de memoria y construcción narrativa de Memorial Paine” en *Persona&Sociedad*, vol. 34, No 2, Santiago, 2020, p. 79.

³¹ Steve J. Stern y Peter Winn, “El tortuoso camino chileno a la me-

la articulación de sus identidades, pero también ha surgido en otras y otros jóvenes cuyas familias no fueron directamente reprimidas. En ambos casos, estos jóvenes son portadores de una memoria heredada, que no siempre ha sido elaborada, o incluso conocida en su totalidad, pero que ellos buscan conocer, visibilizar y significar en su presente. La historia pública hace posible trabajar con la memoria de forma intergeneracional, provocando un diálogo entre experiencias y sensibilidades diversas, y aportando a la elaboración del pasado traumático a nivel individual y social.



Catalina Muñoz Rojas Historiadora de la Universidad de los Andes, con Maestría y Doctorado en Historia de la University of Pennsylvania. Profesora asociada del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad de los Andes (Colombia). Su trabajo se concentra en los usos públicos de la historia, especialmente en la aplicación de la historia a la construcción de paz en Colombia. Su interés está orientado a apelar a la historia y las narrativas como instrumentos poderosos para generar diálogo y evidenciar las causas estructurales del conflicto ante un público amplio y variado.

1. La Historia Pública y el historiador público

Las prácticas que hoy en día entran bajo la denominación de historia pública son muy diversas y están íntimamente ligadas con sus contextos. La historia pública en el sur global, por ejemplo, tiene connotaciones distintas que en el norte global. Desde mi propia práctica, ubicada en Colombia hoy, entiendo la historia pública como la producción de interpretaciones y relatos históricos —por históricos me refiero a que abordan la experiencia pasada, presente o futura como un fenómeno temporal— que cuestiona la idea decimonónica de que, para ser legítimo, el conocimiento histórico debe producirse exclusivamente en entornos académicos y de manera aislada al resto de la sociedad y de sus intereses. La historia pública tiene una comprensión más amplia de lo que constituye el conocimiento histórico y se enfoca en producirlo con y para públicos más allá de la academia. La historia pública resiste los esfuerzos por jerarquizar la producción de conocimiento histórico, que asumen que el único conocimiento histórico válido

y valioso es aquel que se produce bajo la autoridad disciplinaria de la profesión. Al cuestionar y resistir dichas jerarquías, reconoce que existen distintas formas de producción de conocimiento histórico en la sociedad, es decir, que en este proceso pueden participar actores diversos que no necesariamente son profesionales en la disciplina, se pueden utilizar distintas fuentes más allá de las que reposan en archivos históricos y se pueden producir distintos tipos de narrativas, escritas o no para públicos diversos. En este sentido, la historia pública tiende a ser colaborativa, estableciendo vínculos con actores sociales que no son profesionales en la disciplina, pero que están interesados en la producción de conocimiento histórico. Si bien puede basarse en investigación de archivo, también está abierta a explorar otras fuentes de evidencia menos tradicionales como pueden ser la historia oral, el paisaje o la corporalidad. Finalmente, su producción tiende a privilegiar géneros y formatos que faciliten diálogos amplios, incluyendo narrativas digitales, exposiciones, producciones en audio y audiovisuales, *performances*, entre otros. Pero más allá de estos aspectos formales, la historia pública invita a una reflexión en torno a estas preguntas: ¿De quién es el conocimiento? ¿Quién(es) tienen legitimidad para producirlo? ¿Para qué y para quiénes lo producimos? Estas preguntas adquieren un valor especial en sociedades profundamente desiguales como la colombiana, donde la producción de conocimiento ha estado aliada a la producción del poder tanto colonial como de las élites republicanas.

La idea de que solo es válido el conocimiento producido por académicos aislados de la sociedad, fundamental en los inicios de una

disciplina que necesitaba legitimarse, ha tomado distintas formas según los contextos y debe también historizarse, pues ni los historiadores ni el conocimiento son ajenos a su tiempo. La historia pública hace pues un llamado a entender la producción de conocimiento histórico como un hecho histórico en sí mismo, siempre enmarañado con las relaciones de poder de la sociedad donde se ubica.

2. Historia Pública, activismo y justicia social

El relato histórico ha sido una herramienta que los grupos humanos hemos usado para dar forma y legitimar identidades, así como para avanzar distintas causas en el presente. Las narrativas que contamos sobre el pasado son un elemento fundamental en la configuración de identidades de diverso tipo. Es amplia la historiografía que examina cómo distintos grupos humanos han forjado identidades a partir de narrativas sobre el pasado: identidades nacionales, étnicas, raciales, de género y de clase, por mencionar solo algunas¹. Todas, por supuesto, son políticas, pues son configu-

¹ Para algunos ejemplos ver: Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*, México D.F. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993; John R. Gillis (ed.), *Commemorations: The Politics of National Identity*, Princeton, Princeton University Press, 1996; Joanne Rappaport, *Cumbe Reborn: An Andean Ethnography of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1994; Daniel James, *Doña María: Historia de Vida, Memoria e Identidad Política*, Buenos Aires, Manantial, 2004; Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002; Alessandro Portelli, *La orden ya fue ejecutada: Roma, las fosas ardeatinas, la memoria*, México (CIUDADAD?), Fondo de Cultura Económica, 2004; David W. Blight, *Race and Reunion: The Civil War in American Memory*, Cambridge, Harvard University Press, 2002; Steve J. Stern, *Recordando el Chile de Pinochet, en vísperas de Londres 1998*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2009.

radas por las personas en el marco de luchas por el poder, por el posicionamiento de grupos sociales y por la definición de lo que se considera justo o injusto, moralmente aceptable o inadmisibles. De hecho, la historiografía de las últimas décadas se ha dedicado precisamente a señalar cómo esas identidades, lejos de ser universales o neutras, son un producto histórico y por tanto no pueden entenderse por fuera de los contextos sociales, económicos, culturales y políticos en los cuales se producen.

La historia pública, en tanto práctica que produce y difunde conocimiento sobre el pasado con y para públicos no académicos, tiene enorme potencial para el desarrollo de identidades políticas y el activismo, pero este potencial es también muy debatido. La disciplina histórica actual, encarnada en departamentos de historia universitarios, revistas, organizaciones profesionales, congresos y conferencias, es heredera de una fuerte tradición que desde el siglo XIX ha fundamentado la legitimidad del conocimiento histórico en su aislamiento e independencia de los mundos que estudia. La premisa de que el historiador debe mantenerse neutro y distante de su objeto de estudio como prerrequisito de la rigurosidad, sigue teniendo mucho peso hoy, incluso tras décadas de crítica posmoderna y poscolonial que ha evidenciado la relación entre la producción de conocimiento y las estructuras de dominación.

Actualmente, el involucramiento de los historiadores ubicados al interior de la academia en procesos de creación de conocimiento que involucren el uso de la historia con miras a tener algún impacto en el orden social del presen-

te —es decir, con fines políticos— sigue siendo objeto de críticas. Un ejemplo, desde la misma historia pública, es el libro *Public History. A Textbook of Practice* de Thomas Cauvin. Hacia el final del libro, Cauvin incluye una sección sobre la historia pública activista, en la cual se muestra cauteloso frente al trabajo del historiador comprometido con la justicia social: “es necesario insistir en que el activismo por parte de los historiadores es controversial dado que con frecuencia se basa en sus convicciones personales”². También en su libro *Introduction to Public History*, Cherstin M. Lyon, Elizabeth M. Nix y Rebecca K. Schrum previenen a los lectores de que, si bien el historiador público puede aproximarse al activismo, “el historiador público siempre está regido ante todo por la ética de la profesión histórica”³. De esta manera, reafirman la necesidad de que el historiador se ubique fuera de las estructuras de poder con las que pueda involucrarse su trabajo. Más allá de la historia pública, en el campo de la historia académica esta postura opuesta al involucramiento por parte de los historiadores en los debates políticos de su presente se hizo evidente recientemente en una columna del presidente de la American Historical Association, James Sweet. En su columna de agosto de 2022 en la revista *Perspectives on History* lanzó una fuerte crítica a los historiadores cuyo trabajo intenta tener relevancia política en el presente por caer en el presentismo, es decir, promover miradas

² Thomas Cauvin, *Public History: A Textbook of Practice*, Nueva York, Routledge, Taylor & Francis Group, 2016, p. 231. Todas las traducciones son mías.

³ Cherstin M. Lyon, Elizabeth M. Nix, y Rebecca K. Schrum, *Introduction to Public History: Interpreting the Past, Engaging Audiences*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2017, X.

que, al buscar continuidades entre el presente y el pasado pierden de vista el deber-ser de la disciplina: estudiar el pasado en sus propios términos sin teñirlo desde el presente⁴.

Estas críticas, quiero argumentar, están atadas a una visión conservadora de la disciplina que sigue insistiendo en que los historiadores debemos y podemos ser neutrales al enfrentarnos a nuestro objeto de estudio y que nuestro trabajo no debe involucrarse con lo político. De esa manera, entre más removido en el tiempo esté el objeto de estudio, mejor. Así, hemos dejado el estudio del pasado reciente a politólogos, sociólogos, abogados, entre otros. Los eventos de las últimas décadas no se consideran historizables pues el historiador está aún involucrado⁵. La añorada neutralidad implicaría poder librarnos de los hilos que nos unen a un posicionamiento temporal y espacial para observar desde “afuera” aquello que estudiamos. Difícilmente podríamos argumentar hoy que esto sea posible, incluso si estudiamos un periodo muy distante de nosotros en el espacio y en el tiempo. ¿Cómo evitar que nuestras preguntas, nuestros métodos, nuestras fuentes, nuestras interpretaciones, estén desligadas de los mundos sociales en los que estamos insertos y sus relaciones de poder?

⁴ James H. Sweet, “Is History History? Identity Politics and Teleologies of the Present”, en *Perspectives on History*, 17 de agosto de 2022. Disponible en: <https://www.historians.org/research-and-publications/perspectives-on-history/september-2022/is-history-history-identity-politics-and-teleologies-of-the-present>. Ver también: Joan W. Scott, “History is Always About Politics”, en *The Chronicle of Higher Education*, el 24 de agosto de 2022, <https://www.chronicle.com/article/history-is-always-about-politics>.

⁵ Henry Rousso, *La última catástrofe: la historia, el presente, lo contemporáneo*, Chile CIUDAD??, Editorial Universitaria, 2018.

No parece sostenible mantener el mito de que la producción de conocimiento puede estar fuera de la historia, y por lo tanto ser independiente de las estructuras que organizan y jerarquizan una sociedad. Los historiadores, como nos lo recuerda Michel-Rolph Trouillot, somos actores sociales y narradores de historias a la vez, y estos dos elementos son indisolubles⁶.

Eso no quiere decir que desaparezca cualquier criterio para evaluar la calidad de las historias que narramos. Producimos narrativas dentro de unos marcos metodológicos consensuados, que no son universales y por tanto pueden cambiar en el tiempo, pero ofrecen un marco común para definir qué es conocimiento legítimo en un momento y lugar particular y qué no lo es. Las narrativas que resultan de este proceso no apuntan a presentar verdades irrefutables; ofrecen interpretaciones coherentes y convincentes, que nos permiten explicar no solamente el qué ocurrió sino el por qué y sus significados. Los marcos metodológicos que usamos son los que garantizan la rigurosidad y pueden hacer de la historia un terreno fértil —y necesario— para el debate democrático. Los intentos por usar la historia con fines políticos que hacen caso omiso de estos marcos y que limitan la comprensión de la historia a un mero aporte de datos en función de apoyar una idea predeterminada (como si fuéramos jueces buscando la prueba reina capaz de dar por terminado un debate) son usos dogmáticos que, más que fomentar una conversación informada y crítica, buscan cerrar la conversa-

⁶ Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past: Power and the Production of History*, Boston, Beacon Press, 2015.

ción. Es un uso de la historia que vemos con frecuencia hoy, tan problemático cuando lo usa la derecha como cuando lo usa la izquierda, y no solo por el uso de datos falsos o “fake news”, lo que por supuesto es preocupante, sino porque el énfasis mismo en los datos distrae nuestra atención de los debates políticos subyacentes. Un ejemplo: en varios países latinoamericanos se han hecho grandes esfuerzos por aclarar datos de pasados difíciles, como cuántas personas fueron desaparecidas y quién dio la orden. Conocer estos datos es de suma importancia. Sin embargo, el aclararlos no necesariamente pone fin al debate político. Hay otras preguntas espinosas: ¿Qué causó la violencia? ¿Por qué los desaparecieron? ¿Quién se benefició y quién salió perjudicado? ¿En qué contextos es legítimo el uso de la violencia? Estas preguntas requieren datos, pero su respuesta no se limita a ellos. Requieren también interpretación y, de manera muy importante, nos enfrentan a cuestiones éticas. Son preguntas indisociables de nuestra vida política, centrales para imaginarnos un futuro.

Lo problemático entonces no es el reconocimiento del carácter político de la práctica histórica, sino el limitar su aporte a una concepción enciclopédica que se aferra al presentar datos sin una lectura crítica, íntegra, balanceada, cuidadosa de la complejidad, capaz de proponer interpretaciones sustentadas y abiertas al debate. Dicho de otra manera, el error está en asociar el rigor exclusivamente con el aporte de datos verídicos —como si la historia no pudiera producir más que eso y como si los datos hablaran solos— y asociar esto a su vez con la neutralidad.

En el año 2016 cofundé el proyecto de historia pública *Historias para lo que viene* con un grupo de colegas historiadoras y estudiantes. Este trabajo me ha conducido a las reflexiones anteriores y también se ha nutrido de ellas. Surgió de identificar una ausencia de reflexión histórica en las conversaciones públicas sobre los acuerdos de paz que firmó el gobierno colombiano con la guerrilla de las FARC en 2016. Las conversaciones en los medios de comunicación y en nuestra cotidianidad, abordaban en su mayoría la construcción de paz como un asunto del presente y era poco lo que se mencionaba del pasado. Para nosotros, como historiadores, resultaba evidente que la construcción de un futuro donde las distintas formas de violencia que ha vivido nuestra sociedad dejaran de repetirse, implicaba considerar las raíces históricas de dicha violencia. Para prevenirla, es necesario comprenderla y transformar estructuras históricas de exclusión. De hecho, los acuerdos de paz incorporaron esta visión, como resultado de la participación que tuvieron en ellos distintas organizaciones de víctimas incluyendo organizaciones de mujeres y de comunidades indígenas y afrocolombianas. Pero el debate público siguió enfocado en una noción de justicia centrada en el papel de individuos perpetradores y no en estructuras sociales, económicas, políticas y culturales que permiten la producción y reproducción de la violencia.

Historias para lo que viene partió pues del reconocimiento de que el debate público en Colombia es pobre históricamente, y eso se debe al menos en parte a lo aislada que ha estado la academia en las últimas décadas. Nos pro-

pusimos diseñar estrategias para enriquecer el debate público desde la historia, pero buscamos ir más allá de la difusión y aproximarnos a la historia como una herramienta que puede producir cambios. Así como las narrativas históricas han sido parte de la configuración de relaciones de poder, pueden contribuir a cuestionarlas y transformarlas. Uno de los proyectos que estamos desarrollando es la producción de narrativas para radio —buscando con esto una circulación amplia— sobre la historia del país desde la perspectiva y con la participación de las comunidades que más han sufrido las consecuencias de la guerra y que, no es casualidad, son comunidades excluidas históricamente sobre las cuales sabemos poco y pesan muchos prejuicios. Desde el siglo XIX, narrativas históricas nacionales —académicas y populares— han repetido nociones de estas comunidades como ajenas a la modernidad, a la política y a la historia. Estos relatos hegemónicos y el proyecto de estado-nación excluyente han sido cuestionados insistentemente por distintas comunidades. En *Historias para lo que viene* articulamos una mirada crítica de las narrativas hegemónicas de la nación, informada por la metodología de la historia académica, desde los cuestionamientos que han formulado las comunidades excluidas. Planteamos proyectos conjuntamente, que responden tanto a los intereses de los historiadores públicos como a los de la comunidad con la que colaboramos, y rastreamos juntos su papel en la historia, su agencia, y cuestionamos nociones de la historia lineales y teleológicas, que han asumido que los proyectos del progreso y del estado-nación liberal son neutros e incluyentes. Conscientes de las limitaciones del conoci-

miento académico, que no es ni puede ser universal ni exhaustivo, y su relación íntima con el poder colonial, la metodología que usamos reconoce que cada integrante del grupo —que incluye miembros de la comunidad, académicos y comunicadores— tiene conocimiento y experiencia para aportar. Utilizamos la historia oral como herramienta para construir entre todos el relato histórico y la ponemos en diálogo con la historiografía existente. Las narrativas que producimos se alejan de los géneros académicos al producir relatos en audio, para *podcast* y radio, en los que figuramos todos como autores.

Este es un proyecto sin duda activista. Busca poner la indagación crítica histórica, que se pregunta por las maneras como se forjan las relaciones de poder en el tiempo, al servicio de un interés presente que es la construcción de una sociedad más justa. Parte del reconocimiento de que la historia, como campo del conocimiento, ha sido actor de la configuración de estructuras excluyentes que han propiciado la violencia y propone una intervención frente a ello. Pero este reconocimiento no implica renunciar a la posibilidad de conocimiento y a la necesidad de contar con unas normas compartidas, coherentes más no universales o ahistóricas, que nos ayuden a determinar qué es conocimiento legítimo y cómo evaluarlo. Como ha señalado la socióloga feminista boliviana Silvia Rivera Cusicanqui, un proyecto descolonizador como este, que busca la coexistencia de epistemologías diferentes, puede generar diálogo pero también tensión; complemento pero también antagonismo. No pretendemos encontrar un modelo ideal, único, definitivo. Más bien experimentamos, abiertos a aprender y desaprender.

Por supuesto, el alcance de este trabajo activista está atado a su capacidad de ser reconocido como legítimo. A la vez que no pretendemos ser neutrales, pues nos mueve un interés cívico orientado a desafiar la injusticia y a promover el debate democrático crítico y plural, tenemos un compromiso con la rigurosidad. Al decir que este trabajo se reconoce político, no me refiero a una noción partidista, dogmática y reducida de lo político, en búsqueda de imponer un relato oficial, de romantizar actores históricos, o definir una verdad incuestionable que justifique un orden social particular. Me refiero a la producción de una historia inquisitiva y crítica, comprometida con el estudio riguroso de la forma como han operado históricamente los sistemas de dominación, jerarquización y exclusión, así como los esfuerzos por resistirlos y transformarlos. Esto implica trabajar desde fuentes primarias, contrastando distintos puntos de vista, contextualizándolos, identificando intereses, cuestionando críticamente toda postura en tanto histórica, incluida la propia. Se trata pues de una ética guiada por dos principios, sin que ninguno sea más importante que el otro: el de la rigurosidad profesional (con la producción de conocimiento coherente y relevante que, al seguir las normas que hemos acordado al interior de la disciplina, sea considerado legítimo) y un compromiso con la transformación del presente en función de lograr una sociedad más justa.

¿Qué entiendo por una sociedad más justa? El concepto de justicia social es de difícil definición y ha generado complejos debates en la filosofía. Me he apoyado en el filósofo nigeriano-americano Olúfemi Táíwò quien ha

abordado el tema con mucha claridad para proponer además un abordaje histórico a la justicia social⁷. Desde una mirada inicial, se podría pensar que la justicia tiene que ver con la distribución de la riqueza. Sin embargo, filósofos como John Rawls han argumentado que una visión desde lo monetizable es insuficiente, pues hay también bienes sociales como son los derechos, los deberes o el respeto que son deseables para las personas. Pero la justicia no tiene que ver solo con la distribución de bienes, sean estos materiales o no. Amartya Sen y Martha Nussbaum han señalado que, además de los recursos, es necesario tener en cuenta la capacidad u oportunidad que tienen las distintas personas para ser y hacer lo que quieren. Factores como el medio —natural y construido— o las interacciones sociales posibles, determinan qué tan efectiva es nuestra libertad. Añadiendo otra capa aún, otros filósofos han señalado que, en las interacciones sociales cotidianas, hay patrones o estructuras informales que seguimos en la distribución de cuidado y atención que generan formas sistemáticas de exclusión. Estos patrones determinan qué es lo “normal” al momento de formular una política, diseñar una herramienta o definir cómo estudiar una enfermedad⁸. Podríamos decir, entonces, que la justicia social involucra intervenir en el flujo de recursos materiales y sociales para lograr una distribución más equitativa tanto de recursos como de oportunidades, aten-

⁷ Olúfemi O. Táíwò, *Reconsidering Reparations*, Philosophy of race series, Nueva York, Oxford University Press, 2022, pp. 87–98.

⁸ Para una interesante mirada desde el diseño ver: Sasha Costanza-Chock, *Design Justice: Community-Led Practices to Build the Worlds We Need (Information policy)*, Cambridge, MIT Press, 2020.

diendo a los patrones de relacionamiento entre las personas que han generado exclusión. Además de presentar estas concepciones de justicia social, Táiwò argumenta que es fundamental adoptar una mirada histórica al pensar la justicia y critica algunas de las teorías más influyentes —como la de Rawls— por tener una visión de “foto instantánea” que se aproxima a la justicia distributiva como un asunto exclusivamente del presente, abstrayéndola de la historia. Mirar solo el presente, argumenta, nos da una mirada incompleta, pues las desigualdades de hoy hacen parte de sistemas formados históricamente que movilizan recursos, ventajas y desventajas en unas direcciones y no otras. En el mismo sentido, argumenta que muchas teorías de la justicia se ubican espacialmente al nivel del estado-nación y aboga por la necesidad de una mirada global dado que no podemos entender la distribución de bienes en un solo país sin atender al hecho de que los países operan como parte de un sistema global y no independientemente. Atender a las dimensiones temporales y espaciales del funcionamiento de este sistema, al cual llama el “imperio racial global”, es fundamental para atender al problema de la justicia social actualmente. Las injusticias no son solo del aquí y el ahora. Las injusticias distributivas son históricas y están atadas a un sistema global que reparte ventajas y desventajas, ganancias y costos, de forma desigual y que debe ser replanteado para poder diseñar un futuro más justo⁹. En la medida en que la justicia no es asunto únicamente del presente, sino que está atada al pasado del cual hemos heredado las

estructuras que producen injusticia, la historia —y en particular la historia pública— tiene mucho que aportar. El primer aporte de la historia, y quizás el más obvio, tiene que ver con ofrecer una explicación de las condiciones actuales. La investigación histórica puede ayudarnos a comprender cómo se han configurado en el tiempo y el espacio las distintas formas de jerarquización social que han producido el acceso diferenciado que tienen hoy poblaciones como las mujeres, las personas negras, las personas indígenas, los países del sur global, entre otros, a distintos recursos y oportunidades incluyendo la educación, la vivienda, el conocimiento, el crédito y la justicia. Pero el aproximarnos a las condiciones del presente, no como una realidad universal, atemporal o eterna, sino como producto de un flujo histórico es fundamental no solo para comprenderlas, sino también para imaginar y actuar a futuro. El pensarnos como actores históricos, vinculados al pasado, también nos permite pensarnos en tanto seres vinculados con el futuro a través de nuestra capacidad de agencia. No se trata de fusionar pasado, presente y futuro, señalando únicamente continuidades de un eterno presente que se extiende en ambas direcciones, lo que nos haría víctimas del patriarcado de siempre, la dominación blanca de siempre, el atraso de siempre. La historia nos enseña a comprender los distintos momentos en su propia dimensión, en su particularidad. Se trata pues de insertar una mirada temporal y atender a los cambios y continuidades en nuestras lecturas del pasado, del presente y en nuestras miradas al futuro. Esto puede permitirnos desnaturalizar identidades y conceptos que damos por

⁹ Táiwò, *op.cit.*, pp.84–87.

universales. Pienso por ejemplo en la manera como quienes habitamos el sur global tendemos a identificarnos con pasados de violencia, de atraso, de carencia, volviéndolos identidades naturales inalterables. Si comprendemos esas ideas en tanto históricas, es decir, como producto de un momento y un lugar y sus relaciones de poder particulares, entonces dejan de aparentar ser fijas y se vuelve imaginable cambiarlas. La violencia de nuestras sociedades en Latinoamérica, por ejemplo, no siempre ha sido igual. Se trata de distintas formas de violencia, o más bien, de violencias en plural, cada una con sus condiciones y características particulares. Historizar lo que aparenta ser natural puede permitirnos apropiarnos de nuestra agencia, es decir, de nuestra capacidad para replicar o no esas violencias, para imaginar un mundo distinto, para ampliar el rango de lo que nos parece posible¹⁰. La historia nos permite comprender que ideas como la nación, la modernidad, el progreso o la superioridad blanca, no son ahistóricas sino que han sido configuradas y reconfiguradas por grupos humanos a partir de condiciones e intereses particulares. Además, si nos salimos de los relatos oficiales, la historia está llena de experiencias de resistencia, de desafío y de propuestas alternativas al proyecto excluyente de la modernidad¹¹.

¹⁰ Esta idea de que la historicidad nos permite a la vez conocer y actuar es desarrollada en torno al imaginario de la historia de Colombia como una historia eterna de violencia en: Constanza Castro, "Historicizing Violence, Politicizing the Present", en *Public History Weekly*, No. 8, 21 de octubre de 2021. Disponible en: <https://doi.org/10.1515/phw-2021-18867>.

¹¹ Para una propuesta riquísima de cómo el explorar momentos de insurgencia perdidos en la historia puede revelar proyectos de "modernidades alternativas" y ayudarnos a imaginar futuros diferentes ver: Massimiliano Tomba, *Insurgent Universality: An Alternative Legacy of Modernity*, Nueva York, Oxford University Press, 2019.

La historia pública se enfrenta pues a un reto enorme para hacer aportes a la justicia social. La propuesta que vengo delineando, involucra un ejercicio de pensamiento histórico que se involucra no solo con la generación de conocimiento sobre el pasado, sino con un cuestionamiento de la manera como hemos pensado los límites entre pasado, presente y futuro para poder intervenir en el presente. Es un ejercicio que tiene un carácter evidentemente político. Las estructuras institucionales que tenemos hoy para la producción de pensamiento histórico no fueron creadas con este fin. Por el contrario, nos invitan a producir conocimiento "puro" sobre el pasado, desvinculado con el presente, sin que el futuro aparezca en ninguna conversación. Las reglas de ascenso profesoral, por ejemplo, nos invitan a producir conocimiento en forma de monografías académicas que aportan comprensión, lo cual por supuesto es importantísimo, pero no nos incentivan a vincular esa comprensión con formas de acción en el presente. Este trabajo es subvalorado e incluso, para algunas personas, no deseable en tanto se percibe como no riguroso y como amenaza a la legitimidad de la disciplina. ¿Quién pierde y quién gana cuando la historia se involucra con asuntos de justicia social en el presente? Si ese involucramiento se hace desde una posición política simplista, apoyando sin cuestionamiento una postura partidista o renunciando a los principios compartidos de rigurosidad que dan legitimidad a nuestro conocimiento, perdemos todos. Pero, si el involucramiento se hace acatando las normas compartidas de coherencia para producir conocimiento que se considere válido —que incluyen, por ejemplo,

la lectura crítica de fuentes primarias que se pregunta por los contextos e intereses en juego, la incorporación y contraste de distintos puntos de vista y el cuestionamiento crítico de la evidencia y de nuestros propios presupuestos— y reconociendo la historicidad de la disciplina y de nosotros mismos como investigadores, se enriquece el debate democrático.

3. Autoridad compartida y prácticas participativas en la Historia Pública

La mejor manera de presentar lo que entiendo por autoridad compartida y mi manera de poner en práctica métodos participativos es a través de mi trabajo actual. Ana Luisa Ramírez y Jenry Serna son dos líderes sociales afrocolombianos de la región del Bajo Atrato, en el Departamento del Chocó colombiano, con quienes estamos produciendo actualmente una serie sonora de ocho episodios titulada *Nuestra Orilla*. En 1997, cuando ellos eran apenas adolescentes, las comunidades ribereñas a las que pertenecen sufrieron un desplazamiento forzado masivo por parte de distintos grupos armados, incluyendo al ejército colombiano, y se vieron obligados a vivir en un campo de refugiados al que lograron llegar tras caminar por un mes atravesando la selva. Desde entonces, Ana Luisa y Jenry se perfilaron como líderes comunitarios y han venido trabajando por mejorar las condiciones de su comunidad en diversos temas, incluyendo la defensa del derecho colectivo de las comunidades negras a vivir digna y pacíficamente en su territorio, la protección de los derechos de las mujeres y el fortalecimiento de las organizaciones étnico-territoriales. Como parte de su lideraz-

go, identificaron la necesidad de fortalecerse en el área de las comunicaciones para poder contar la historia de sus comunidades desde el territorio mismo. Esta necesidad estaba atada a varias preocupaciones. La primera era el hecho de que periodistas e investigadores visitan constantemente este territorio y buscan su ayuda para poder reportar y entender la experiencia de sus comunidades, pero a pesar de que ellos los acompañan a hacer las entrevistas correspondientes, los investigadores se van y no queda nada a las comunidades. La segunda, que al no existir repositorios de información locales, la gente joven no conoce la historia de su propia comunidad y en particular, no conoce las luchas de sus antepasados por garantizar su derecho a vivir dignamente en sus territorios. La tercera motivación fue la de contrarrestar estereotipos que pesan sobre la gente negra del Chocó colombiano. En los medios de comunicación e incluso entre políticos prevalecen nociones de sus comunidades como atrasadas, apolíticas, perezosas, precarias material e intelectualmente. Ante el desplazamiento, por ejemplo, Ana Luisa y Jenry encontraban ofensivo el ser representados únicamente en tanto víctimas y querían resaltar que, ante la tragedia, las comunidades respondieron con distintas iniciativas organizativas y lograron retornar al territorio como producto de sus propias luchas y no de ayudas externas. Por todo esto decidieron capacitarse para investigar, documentar y contar ellos mismos sus historias. Este apelar a la historia, al pasado, para fortalecer y reivindicar identidades en el presente, no es por supuesto una excepción en el caso de Ana Luisa y Jenry. Como mencioné en el apartado anterior, son muchísimos los casos que

ha documentado la historiografía en los que identidades de distinto tipo se han definido y configurado apelando al pasado. La relación entre la memoria y las identidades nacionales, por ejemplo, ha recibido muchísima atención¹². Como individuos, también lo hacemos. Nuestras identidades están atadas a las historias que nos contamos sobre nuestras trayectorias personales y familiares. Por supuesto, las narrativas del pasado que se construyen con miras a configurar una identidad, son interpretaciones generadas desde el presente, desde sus preguntas, preocupaciones e intereses. Toda narrativa del pasado lo es, las producidas por no académicos y las producidas por académicos. Pero también las narrativas de académicos y no académicos tienen el reto de la credibilidad. Una narrativa no creíble, simplista, romantizante o sectaria, no tendrá mayor legitimidad y será fácilmente cuestionada. Académicos y no académicos podemos enriquecer las historias que producimos si fortalecemos nuestro trabajo desde la experticia y conocimiento que ambos podemos aportar. Eso es justamente lo que intentamos hacer desde *Historias para lo que viene* en nuestra colaboración con Ana Luisa y Jenry. Como expliqué, ellos tienen un interés particular por producir y narrar la historia de las comunidades negras del Bajo Atrato desde el territorio mismo. No es un interés sectario frívolo, de

¹² Algunos ejemplos clásicos son: Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984; Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Revised edition), Londres; Nueva York, Verso, 1991; John E. Bodnar, *Remaking America: Public Memory, Commemoration, and Patriotism in the Twentieth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1994; Gillis, *Commemorations*; Hobsbawm y Ranger, *La invención de la tradición*. FALTA INFORMACIÓN

presentar a sus comunidades de manera romántica; es más bien un interés constructivo por cuestionar las relaciones de poder a las que han estado sujetos. Desde *Historias para lo que viene* tenemos también un interés por producir y narrar dicha historia, como parte de una agenda que busca poner el conocimiento histórico al servicio de la justicia social en Colombia, interrogando las estructuras de poder persistentes y su funcionamiento detrás de categorías que aparentan neutralidad como la de nación, la de modernidad, o incluso la de historia. El hecho de que ni ellos ni yo nos aproximamos a este proyecto desde la neutralidad o sin agenda alguna, no implica que abandonemos la rigurosidad. De ella depende en buena medida que logremos nuestro objetivo, que es convencer a las audiencias de que la historia que estamos produciendo tiene valor, e invitarlos a hacerse preguntas e iniciar diálogos productivos a partir de la misma. ¿Cuál es el rol de cada participante en este proceso? Me voy a centrar únicamente en el rol de ellos, como representantes de su comunidad, y el mío como historiadora, dejando de lado otros colaboradores fundamentales que aportan desde el periodismo, la antropología, el diseño sonoro y el diseño gráfico. Empecemos con el aporte de la comunidad. En este caso, estamos contando la historia de las comunidades negras del Bajo Atrato sobre las cuales es poco lo que ha escrito la historiografía académica. Sabemos poco sobre ellas pues la producción de conocimiento histórico académico no ha sido ajena a las jerarquías históricas raciales y regionales de Colombia que han privilegiado el estudio de los actores blancos, ubicados en las zonas altas en el centro del país. En

esta historiografía, las comunidades étnicas afrodescendientes e indígenas, especialmente las ubicadas en las zonas bajas marginales, o bien no aparecían o han sido representadas por mucho tiempo como premodernas, apolíticas, atrasadas o precarias. Así, historias nacionales guiadas por los ideales de progreso, modernización y desarrollo, vieron a estas comunidades como ajenas o como obstáculos de la historia nacional. Esto ha empezado a cambiar en las últimas décadas, a partir del trabajo de algunos historiadores de la región, como el historiador Sergio Mosquera, como también de historiadores que desde los centros de poder —en Colombia y fuera de ella— han empezado a rescatar el papel de los llamados grupos subalternos en la historia, incluyendo a las poblaciones negras del Chocó. Estos trabajos han excavado el archivo en busca de documentos que dan cuenta, por ejemplo, del papel que jugaron las poblaciones negras en la abolición de la esclavitud, en la economía de exportación, en el logro de la independencia administrativa de su departamento, en la titulación colectiva de tierras y en los debates en torno al desarrollo¹³.

¹³ Ver por ejemplo: Sergio Mosquera, *De esclavizadores y esclavizados en la provincia de Citará: ensayo etno-histórico, siglo XIX*, Quibdó, Promotora Editorial de Autores Chocoanos, 1996; Sergio Mosquera, “Los procesos de manumisión en las provincias del Chocó”, en Claudia Mosquera, Muricio Pardo, Odile Hoffman (eds.), *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias a 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional/ ICANH, 2002, pp. 99–119; Yesenia Barragán, *Freedom's Captives: Slavery and Gradual Emancipation on the Colombian Black Pacific*, Cambridge/Nueva York, Cambridge University Press, 2021; Claudia Leal, *Paisajes de libertad: el Pacífico colombiano después de la esclavitud*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2020; Pietro Pisano, *Liderazgo político “negro” en Colombia, 1943-1964*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2012; Eduardo Restrepo y Axel Alejandro Rojas (eds.), *Conflicto e (in)visibilidad: retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, Popayán, Universidad del Cauca, 2004; Claudia

Los trabajos existentes tienden a concentrarse en ciertas zonas del pacífico colombiano, para las cuales se encuentra más documentación en el archivo: los centros mineros durante el periodo colonial y los centros comerciales y administrativos durante el periodo republicano. Sin embargo, hay zonas como el Bajo Atrato para las cuales la documentación es muy escasa. Contar la historia de esta zona implica apoyarse en lo que pueda aportar la historiografía existente y complementarlo con historias orales. Para esto, el rol de Ana Luisa y Jenny es fundamental. Ellos conocen a los líderes de su comunidad y tienen acceso a entrevistas con profundidad pues ya hay relaciones de confianza establecidas que serían más difíciles de lograr para un investigador externo. El papel de Ana Luisa y Jenny también es crucial en la definición de a quiénes entrevistar y hacia qué temas orientar las entrevistas. Ellos conocen las experiencias de organización, de acomodación y de resistencia de sus comunidades, que permiten cuestionar los relatos de la modernidad en los cuales o han estado ausentes o se han asumido pasivos. Además, ellos conocen las lógicas del registro histórico en sus comunidades, que no reposa únicamente en documentos —como tiende a ocurrir en otras tradiciones históricas como la nuestra— o en la oralidad, sino también en el territorio mismo. La relación que establecen estas comunidades entre el relato histórico y la espacialidad es distinta a la nuestra. Voy a dar un ejemplo. Como

Leal y Eduardo Restrepo, *Unos bosques sembrados de aserríos: historia de la extracción maderera en el Pacífico colombiano*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2003; Kiran Asher, *Black and Green: Afro-Colombians, Development, and Nature in the Pacific Lowlands*, Durham, Duke University Press, 2009.

dije anteriormente, estas comunidades fueron desplazadas de su territorio en 1997 por distintos actores armados. Relatar este desplazamiento pasa por entender lo que significó para quienes lo vivieron. Para estas comunidades su territorio no es solo su hogar y modo de sustento. En él están forjadas sus identidades e historias, construidas a través de la práctica del ombligamiento. Cada vez que un niño nace, su ombligo es enterrado bajo una planta, lo que forja una relación estrecha entre cada persona y el lugar donde está su ombligo. Cuando alguien relata su historia familiar, esta historia está entrelazada con los lugares de ombligamiento. El desplazamiento tiene entonces un significado particular. Cuando alguien es separado de su territorio, también es separado de sus ancestros, de su identidad, de una parte fundamental de su ser y su comunidad. Si el objetivo es contar la historia de estas comunidades de manera colaborativa, debe haber espacio para formas de conocimiento distintas. Nuestra colaboración parte del reconocimiento de que todos tenemos algo que aportar para conocer y contar su historia y que podemos contarla mejor si la contamos juntos. ¿Qué aportamos entonces los académicos? Nosotros traemos al proyecto una mirada crítica, disciplinar, que puede enriquecer y fortalecer desde sus preguntas y métodos las historias que quiere contar a la comunidad. Voy a señalar algunos aportes que el pensamiento histórico disciplinar puede hacer¹⁴. El pensamiento

histórico nos permite vincular una experiencia en un momento y lugar particulares, con otras experiencias en distintas escalas temporales y espaciales, aportando así a la comprensión más profunda de los fenómenos estudiados y de su relevancia más allá del caso particular. Cuando nos preguntamos por eventos como una decisión legislativa o una pandemia global, por ejemplo, los entendemos no como eventos aislados sino como parte de un flujo del tiempo más amplio, que los vincula a experiencias pasadas que en la corta, mediana e incluso larga duración. En la historia que estamos contando, por ejemplo, abordamos la existencia actual de estereotipos sobre la gente negra de esta región como gente perezosa, atrasada, corrupta, apolítica, pobre y con poca capacidad intelectual. Pero decidimos enriquecer la mirada a los estereotipos contemporáneos abordando la forma como estos estereotipos que se han reproducido en el tiempo. Rastreamos pues los estereotipos desde la llegada de los primeros colonizadores españoles a inicios del siglo XVI, abordando también ejemplos de viajeros y gobernantes de los siglos XIX y XX. Abordar la historicidad de estos estereotipos nos permite enfatizar su potencia y formular preguntas sobre quiénes los han formulado y con qué fin. El pensamiento histórico también nos permite producir historias más ricas al contrastar puntos de vista, para lo cual buscamos acceder a distintas fuentes que nos permitan observar e interpretar una situación desde distintos ángulos. Pero también enriquecemos nuestras explicaciones y relatos contextualizando, tanto esos puntos de vista como situaciones concretas. Contextualizar significa identificar cómo un actor o situación está relacionado

¹⁴ En esta sección me baso en: Ana María Otero-Cleves, Constanza Castro, y Catalina Muñoz, "¿Para qué sirve la historia hoy?", en *Clase a la casa. Historias para lo que viene*, Temporada 1, episodio 8. Disponible en: <https://cienciassociales.uniandes.edu.co/podcast/para-que-sirve-la-historia-hoy/>.

con elementos sociales, culturales, políticos, culturales y ambientales que hacen posible y dan forma a su experiencia particular. Esto nos permite escapar de interpretaciones simplistas que atribuyen logros o fracasos a la genialidad de un individuo —como puede ser un científico, un político o un líder comunitario— o a la grandeza de una entidad institucional —como la nación o una organización local— para proponer en cambio interpretaciones más complejas, ricas y matizadas de las condiciones que confluyen en hacer posible una situación. También nos permite preguntarnos por los distintos intereses y valores que entran en juego cuando las personas interactuamos. Así, producimos no solo descripciones, que dan cuenta del qué, sino interpretaciones, que indagan por el porqué de forma crítica. La autoridad compartida, en este caso, ha implicado entonces la investigación y producción de un relato a varias manos, donde distintos conocimientos se juntan y complementan. El compromiso con la rigurosidad no riñe con los intereses que las distintas partes queremos alcanzar con el proyecto. Más bien, sirve a esos intereses al procurar producir un relato coherente, balanceado, crítico, que escapa de relatos románticos simplistas de vencedores y vencidos o victimarios y víctimas. En mi experiencia, el quehacer de la historia pública ha sido más enriquecedor cuando he logrado establecer colaboraciones horizontales con otras formas de conocimiento —como puede ser el de otras disciplinas o el de comunidades— en lugar de los proyectos guiados principalmente por la mirada histórica académica. Cuando el historiador público plantea un proyecto, e invita a diferentes

disciplinas o comunidades a nutrirlo, esa participación es instrumental. En cambio, cuando se plantea un proyecto en conjunto, donde los distintos participantes se apropian del mismo como coinvestigadores y coautores en lugar de simplemente servirlo como participantes, cooperantes o informantes, hay más posibilidades de intercambio, fertilización en distintas direcciones y aprendizaje para todos. Voy a presentar algunos ejemplos.

Mi experiencia inicial con la historia pública fue desde la museología. Estudiándola y practicándola a comienzos de la década del 2000 entendí que el museo que yo había conocido, que era la torre/templo del conocimiento a la que las personas, tras ascender por unas larguísimas escaleras, venían a ilustrarse, estaba siendo objeto de fuertes críticas. Escuché por primera vez hablar de museos participativos, donde los visitantes eran invitados a ser más que eso, y su conocimiento podía ser incorporado en distintas etapas: la producción misma de las exposiciones, entrando en diálogo con ellas una vez estaban montadas, o en la evaluación posterior. Esto me empezó a ilustrar sobre las distintas formas de prácticas participativas donde unas eran más radicales que otras, es decir, unas estaban más dispuestas a reconocer a los no académicos como productores de conocimiento que otras.

Mis primeros proyectos colaborando en la creación de guiones museográficos no contaron con una participación sustantiva de comunidades en el proceso de construcción del conocimiento. Más bien fueron un esfuerzo por difundir conocimiento académico inte-

grando objetos, un lenguaje accesible y en general la museografía para llegar a públicos más amplios. Aquí la colaboración fue sobre todo con museógrafos de quienes aprendí mucho.

Posteriormente lideré proyectos que, a partir de la historia oral, buscaban iluminar problemas contemporáneos de interés para una comunidad. El primero, fue con una comunidad indígena, los Arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta al norte de Colombia. Desde la Universidad del Rosario, donde yo trabajaba, se estableció una colaboración con los líderes de esa comunidad. Uno de los proyectos en los que la comunidad estaba interesada era el de investigar la historia de la presencia de misioneros capuchinos en su territorio desde la década de 1910, hasta la década de 1980 cuando la comunidad misma los expulsó de su territorio. Planteé un proyecto de investigación que incluía pesquisas en archivos nacionales y regionales, así como recolección de historias orales en la Sierra Nevada. Mi intervención en el proyecto, si bien involucraba a la comunidad, no los incluyó en tanto coinvestigadores. Organicé talleres en la Sierra Nevada donde compartí hallazgos de los archivos y se generaron conversaciones interesantes que entendí en su momento como enriquecedoras de lo que veía como *mi* investigación. Al final, junto con una colega museógrafa, produjimos una exposición itinerante que viajó por la Sierra Nevada y yo publiqué dos artículos en revistas indexadas, como exigía la universidad donde yo aún era profesora asistente.

Más adelante lideré otro proyecto donde la forma de participación fue similar. Junto con

un grupo de estudiantes, desarrollamos una investigación que, basada en la historia oral, buscaba indagar por los significados que daban al espacio los habitantes de un barrio tradicionalmente obrero de Bogotá, vecino a nuestro campus universitario y que en ese momento se enfrentaba a una iniciativa de desarrollo urbano que lo iba a cambiar radicalmente. Nos interesaba enriquecer el debate que se estaba dando en la universidad y en la ciudad sobre el plan de desarrollo urbano para transformar un tradicional barrio obrero en el corazón de la ciudad, en un conglomerado moderno de edificios, desde la perspectiva y memorias de sus habitantes. Nuevamente, seguí la lógica anterior. Nos acercamos a la comunidad, en tanto su experiencia nos era valiosa para entender los significados cambiantes del barrio en sus memorias. Junto con mis estudiantes, definimos una pregunta de investigación, el marco historiográfico y teórico y la metodología para abordarla. Hicimos entrevistas y grupos focales, que resultaron en unas recomendaciones para la universidad y un artículo en revista indexada. La investigación fue completamente liderada por nosotros y, si bien hubo participación de la comunidad, esta fue limitada pues no los invitamos a ser parte del diseño del proyecto o a investigar junto con nosotros. Fueron nuestros informantes y, si bien nos preocupamos por retribuir a la comunidad (hicimos un evento de cierre donde entregamos las grabaciones y transcripciones de las entrevistas como valioso material para la historia del barrio), el proyecto no fue suyo sino nuestro.

Esta forma de trabajo empezó a cambiar para mí cuando tuve la oportunidad de conocer el

modelo del Humanities Action Lab (HAL) en Rutgers University-Newark. HAL lideraba investigaciones sobre temas de justicia social en el presente, como la crisis carcelaria en Estados Unidos o el problema de la justicia climática, desde un modelo en el que historiadores y organizaciones comunitarias producían juntos investigación local sobre el tema. HAL invitaba profesores universitarios a sumarse a su iniciativa, bajo la cual debían establecer una alianza con una organización en su comunidad que trabajara en función del tema en cuestión. Juntos, estudiantes, profesores y organización, definían y llevaban a cabo un plan de investigación histórica local. Sus resultados se reunían en una exposición integradora de los distintos casos. Aquí las comunidades entraban ya no como informantes sino como coinvestigadores. Esto me introdujo al concepto de “*engaged research*”.

Mis proyectos más recientes han estado orientados por esa forma de participación. Actualmente, el proyecto *Nuestra Orilla* ha involucrado a Ana Luisa Ramírez y Jenry Serna desde su inceptión. Juntos escribimos la propuesta de investigación para conseguir financiación. Ellos participaron en la definición de elementos claves como los objetivos y la metodología. Desde el inicio, firmamos un acuerdo de colaboración que establecía las responsabilidades de cada miembro del equipo en el proceso, así como que la propiedad y autoría del conocimiento producido sería de todos los integrantes del equipo. Parte de nuestro objetivo es que, tras hacer este proyecto juntos, Ana Luisa y Jenry puedan continuar produciendo investigación y relatos por su propia cuenta, con los equipos necesarios. Esta forma de participa-

ción presupone que ellos tienen conocimiento y pueden producirlo también, cuestionando modelos anteriores que presuponen que esto es prerrogativa de los académicos. Ha sido sin duda un espacio enriquecedor para todos. Para mí como historiadora ha implicado salir de los marcos de investigación tradicional, aprender nuevas maneras de trabajar en equipo y una forma de liderazgo menos vertical. Hasta ahora he mencionado únicamente la participación de la comunidad, pero también hay otros conocimientos que han entrado en el proceso. La producción de un *podcast* narrativo como este, implica que el proceso no es individual —como lo es la escritura de un producto monográfico. Comunicar nuestra investigación ha implicado colaborar también con músicos, ingenieros de sonido, ilustradores, diseñadores y periodistas. He visto cómo mi rol de investigadora se conjuga con uno de directora ejecutiva de un proyecto con muchos procesos y personas que trabajan paralelamente. Esto requiere desarrollar habilidades que no adquirí en mi formación como historiadora. También ha generado preguntas muy importantes sobre la colonialidad del conocimiento que me han obligado a interpelar mis propios presupuestos. En muchos sentidos, este tipo de trabajo ocupa un lugar incómodo en los espacios de producción de conocimiento habituales. Los productos que resultan no se ajustan a las demandas académicas de la carrera docente y el tipo de trabajo no puede ubicarse fácilmente en categorías aisladas de investigación-docencia-servicio. Pero a la vez, nuestras instituciones universitarias cada vez se preocupan más por el llamado “*impacto social*” con lo que se abren puertas para la transformación.

4. 50 años del Golpe de Estado en Chile y las posibilidades de la Historia Pública

A propósito de la conmemoración de este hecho tan gravitante en la historia reciente de Chile, que ha impactado de manera tan significativa a la sociedad chilena y al mundo ¿de qué manera las prácticas de la historia pública o los historiadores públicos podrían abordar este tipo de conmemoraciones? ¿En qué medida la historia pública puede hacerlo de una manera diferente a la historia académica? ¿Cuál es su aporte? El rol de la historia pública frente a eventos como la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado en Chile es importante en la medida en que es un evento cuyo significado sigue siendo objeto de disputa y uso político en el presente. No se trata de una historia muerta. Los hechos de 1973 siguen en el corazón de disputas políticas importantes en el presente. Son varios los aportes que pueden hacer la historia y la historia pública a estos debates. Lo que presento a continuación se deriva en parte de un texto corto que publiqué en 2021 en *Public History Weekly* precisamente en torno a esta pregunta de cómo puede la historia contribuir a la manera como las sociedades abordan pasados difíciles¹⁵. El primer aporte tiene que ver con profundizar nuestra comprensión de lo ocurrido. La historia puede aportar comprensiones de mediana y larga duración. Con frecuencia, al enfrentar violaciones a los derechos humanos como los que ocurrieron durante la Guerra Fría en América

Latina, la mirada al pasado ha estado dominada por el derecho. Desde allí, se han producido investigaciones de los hechos concentradas en el quién, cuándo, cómo y dónde de la corta duración. Sin embargo, como lo ha señalado Carlo Ginzburg la mirada del historiador es fundamental en el sentido de ahondar en esta verdad, aportando comprensión del por qué: ¿qué dinámicas y jerarquías de poder al nivel de la sociedad nos ayudan a comprender lo sucedido más allá de los actores individuales? ¿Qué patrones sociales, culturales o económicos pueden ampliar nuestra comprensión de los hechos?¹⁶ El aportar explicaciones de más largo aliento nos permite ir más allá de narrativas simplistas de víctimas y perpetradores, y reconocer el papel no solo de los individuos sino de grupos sociales —como los grupos de interés político y económico— e incluso de estructuras socio-culturales de exclusión como el racismo en la sistematicidad de la violencia y sus ciclos. Hay un segundo aporte, relacionado con el anterior, y es el de problematizar las lecturas posteriores a las violaciones a los derechos humanos, incluyendo las actuales. Es fundamental historizar estas lecturas: ¿Quién ha liderado los esfuerzos por interpretar ese pasado atroz? ¿Con qué fin ha sido interpretado? ¿En qué contextos? ¿Qué han dado por sentado quienes lo han interpretado? ¿A quién favorecen y a quién no con sus lecturas? Así, la historia no solo aporta datos a nuestra comprensión del pasado, sino que aporta también, desde su mirada crítica, lecturas historiográficas que cuestionan e historizan la producción misma

¹⁵ Catalina Muñoz, "History, Memory, and Violent Pasts in Latin America", en *Public History Weekly*, No. 8, 7 de octubre de 2021. Disponible en: <https://doi.org/10.1515/phw-2021-18859>.

¹⁶ Carlo Ginzburg, *The Judge and the Historian: Marginal Notes on a Late-Twentieth-Century Miscarriage of Justice*, Londres, Verso, 2002.

de los relatos históricos sobre ese pasado contencioso. Esto requiere una práctica histórica que no se presente como definitiva y concluyente, sino que pueda observarse como participante del proceso histórico y sus disputas. Greg Grandin hizo un análisis en este sentido de las comisiones de la verdad de Argentina (1983-1984), Chile (1990-1991) y Guatemala (1997-1999)¹⁷. Grandin explica que las dos primeras estuvieron conformadas principalmente por abogados interesados en afirmar los valores liberales que creían prevendrían la repetición. Temían que el indagar sobre los intereses económicos, las luchas colectivas por la igualdad o los movimientos políticos, traería la violencia de regreso. Su mirada al pasado no fue entonces una mirada que buscara causas en las relaciones sociales y en las dinámicas de poder; fue una mirada que usó el pasado como parábola, es decir, como ejemplo de los peligros de la interrupción de la democracia con el fin de promover valores liberales como la tolerancia y el pluralismo. Estas comisiones, inspiradas en un proyecto nacionalista de unidad, dejaron incuestionado el estado liberal y sus formas de exclusión e incluso represión. Grandin propone así una mirada crítica de las comisiones de la verdad como agentes históricos con intereses, y nos invita a historizar incluso lo que nos parece universal: “Los valores como la armonía nacional y la reconciliación han sido asumidos en lugar de examinados,” dice, y argumenta que las comisiones termi-

¹⁷ Greg Grandin, “The Instruction of Great Catastrophe: Truth Commissions, National History, and State Formation in Argentina, Chile, and Guatemala”, en *The American Historical Review*, vol. 110, núm. 1, 2005, p. 64. Disponible en: <https://doi.org/10.1086/ahr/110.1.46>.

naron por afirmar el nuevo orden neoliberal, silenciando la violencia que ha permeado los procesos de formación del estado liberal¹⁸. De manera similar a Grandin, en su reciente libro *On the Judgment of History*, Joan Scott también formula la necesidad de cuestionar esfuerzos de justicia transicional como el tribunal internacional militar de Nuremberg y de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica con una mirada historizante de los mismos. Estos esfuerzos por hacer justicia, argumenta Scott, han estado planteados desde una visión lineal, progresiva y universalista de la historia, que asume al estado-nación como el fin último de ese progreso, como la fuente de justicia y como entidad neutra, por encima de las pugnas de la sociedad. Esta comprensión de la justicia se basa en una idea de la historia que es política y que debe ser interrogada pues oculta estructuras de poder persistentes. En Nuremberg, por ejemplo, el énfasis que pusieron los jueces en las aberraciones del nazismo y sus líderes ocultó el racismo asociado al nacionalismo y al imperialismo que seguían afectando a minorías domésticas y sujetos coloniales. El estado-nación fue reafirmado como símbolo de progreso, encarnando la justicia en nombre de las víctimas de los nazis; las estructuras de poder al interior de esos estados-nacionales quedaron sin interrogar. En el caso de Sudáfrica, el énfasis en el imperativo moral del perdón para recomponer la unidad nacional cerró la posibilidad de discusión sobre las estructuras del capitalismo racial. Se juzgó el *apartheid* como un régimen perverso que debía demolerse, pero no hubo discusión sobre qué lo

¹⁸ Grandin, *op.cit.*, p.64.

hizo posible o sobre los esfuerzos desde abajo por resistirlo, cuestionar sus relaciones de poder y plantear un sistema diferente. Si bien la población negra adquirió la ciudadanía, persistieron estructuras de exclusión que no fueron atendidas en nombre de la armonía nacional. A diferencia de estos ejemplos, Scott encuentra en los movimientos que piden reparaciones por la esclavitud hoy día en los Estados Unidos un ejemplo de una perspectiva distinta, más crítica y quizás productiva, de la historia. Estos movimientos no esperan de la historia un juicio moral sobre el pasado, sino el reconocimiento de que el pasado no ha pasado y que las narrativas históricas de la modernidad, que dejan a la nación incuestionada, son parte de las estructuras de opresión. La historia que piden estos movimientos es una que no busca redención, progreso, unidad. Se trata más bien de “una visión que renuncie a la función redentora de la historia, y en su lugar la tome como un registro de discontinuidad y temporalidades múltiples [...], como un proceso de contienda y conflicto, una historia de luchas con y por el poder, sin límites estrictos entre pasado, presente y futuro”¹⁹. Esta visión crítica de la historia, por la que abogan Grandin y Scott, es evidentemente política pues reconoce el rol de la historia en el devenir histórico en lugar de presentarla como ajena o neutra. Es una visión que interpela el poder al exponer su funcionamiento. Quiero cerrar sugiriendo que, además de exponer el funcionamiento del poder, la historia y la historia pública también pueden

ser ejercicios constructivos, que miran hacia adelante. Precisamente si dejamos de comprender la historia como un proyecto universalista, lineal, unidireccional, con una meta definida, se vuelve posible pensar en futuros diferentes, alternativos a lo que nos propone la modernidad con sus exclusiones. La historia está llena de ejemplos de cómo las acciones de los seres humanos han producido cambio; de acción política innovadora para cuestionar los modelos de dominación. Esta visión crítica de la historia nos permite reconocernos como historiadores con agencia: historiadores que no dejan de ser actores históricos al desempeñar su oficio y que reconocen que este oficio puede enriquecer la contienda política.

¹⁹ Joan Wallach Scott, *On the Judgment of History*, Nueva York, Columbia University Press, 2020, p. 82.



Noor Nieftagodien Ocupa la Cátedra de Historias Locales, Realidades Presentes en la Universidad de Witwatersrand (Sudáfrica), donde también es director del Taller de Historia e imparte clases en el Departamento de Historia. Sus intereses se centran en aspectos de las luchas populares insurgentes, la historia pública, la política juvenil y la historia local. Actualmente está investigando la historia del Congreso de Estudiantes Sudafricanos, la organización estudiantil líder en la lucha contra el apartheid y dirige la iniciativa de historia pública *Proyecto de Historia y Archivos de Soweto*.

1. La Historia Pública y el Historiador Público

A nivel mundial, la historia pública ha experimentado un crecimiento impresionante en la última década, evidenciado por la multiplicación de los programas de posgrado en las universidades. Para este proceso se han retomado debates sobre cómo definir la historia pública, tras discusiones similares a principios de la década de 1980 durante la primera ola de establecimiento de la historia pública como un campo aparte en la academia. Tales debates son animados y elaboran una comprensión de los significados y las prácticas de la historia pública. A pesar de las importantes diferencias entre académicos y profesionales, existe un amplio acuerdo en que la historia pública es, como sostienen Gardner y Hamilton, sobre la “práctica de la historia fuera de la academia”. Mas allá de esta premisa básica, identifican dos áreas principales que constituyen la historia pública y demarcan las diferencias en estos enfoques: “Algunos ven la historia pública como un proceso de producción que subraya

la estrecha conexión entre la educación y la práctica; otros la ven como un proceso de traducción, mediación y popularización”. También es cierto que la historia pública está profundamente moldeada por los contextos en los que emerge y evoluciona. Las ideas y prácticas iniciales que más tarde asumieron la etiqueta de historia pública se originaron en Sudáfrica durante el resurgimiento de la lucha contra el *apartheid* y la prevalencia de la historia social en las universidades locales. El History Workshop de la Universidad de Witwatersrand (Johannesburgo) fue uno de los principales espacios conformados por estos procesos.

Raphael Samuel, fundador del History Workshop del Reino Unido en la década de 1960, argumentó que la historia debería ser un ejercicio de colaboración que incorpora a historiadores académicos y diversos públicos en los mismos circuitos de producción de conocimiento. Con este enfoque las comunidades son actores en la creación e interpretación de sus propias historias. Además, debe haber un reconocimiento de que los públicos fuera de la academia, durante mucho tiempo e independientemente, han producido sus propias historias. La articulación de los diferentes circuitos de producción de conocimiento histórico —la academia y los públicos— para constituir prácticas de coproducción es fundamental para la historia pública.

El *History Workshop* en Sudáfrica ha estado involucrado en la historia popular y pública desde la década de 1980. En los últimos quince años, nuestras actividades de historia pública han registrado aumentos significativos, impulsados por el creciente interés en la producción

por parte de las comunidades de sus propias historias. Nuestro objetivo en estos esfuerzos es establecer colaboraciones donde los intereses de investigación de estas comunidades estén en primer plano, para trabajar en contra de la práctica estándar de imponer agendas de investigación generadas por la universidad a públicos externos, lo que genera prácticas de investigación extractivistas. Así, se crea un espacio para desarrollar alianzas basadas en agendas mutuas y prácticas participativas, lo que mejora la posibilidad de democratizar la producción de conocimiento histórico. Tales asociaciones han variado desde proyectos a corto plazo, de uno a dos años, hasta colaboraciones a largo plazo, de una a dos décadas. Uno de los métodos tradicionales y esenciales empleados en este trabajo es la historia oral. Esta ha dado a los investigadores acceso a historias previamente no registradas, compartidas por informantes y ha resultado en la creación de nuevas historias.

Por supuesto, este enfoque de la historia pública es idealista. Existen numerosos desafíos en la práctica que juegan fuertemente en contra de la coproducción de historias. Un compromiso con las prácticas participativas no elimina automáticamente las asimetrías de poder entre los investigadores académicos con buenos recursos y las comunidades con escasos recursos, por ejemplo. Particularmente en las comunidades pobres, el acceso a recursos y el control sobre ellos tienden a ser fuentes de controversia en los proyectos de investigación y pueden producir fácilmente una desconfianza que socava las prácticas participativas. La financiación para el trabajo

de historia pública es increíblemente difícil de conseguir en muchos países del sur global, especialmente donde los estados son débiles, están endeudados y se enfocan poco en los intereses públicos. La historia pública se desarrolla en el mundo real, no en laboratorios, y por lo tanto se define a través de su implementación y experiencia con ella.

El éxito de este enfoque depende en gran medida del compromiso de los historiadores públicos de involucrarse en las complejidades de construir y mantener prácticas de coproducción de conocimiento más allá de los espacios relativamente privilegiados de la academia. Otro papel importante de los historiadores públicos es participar en las esferas públicas, donde se determinan la política y las políticas. En Sudáfrica, durante las décadas de 1970 y 1980, a menudo los académicos involucrados en la historia popular y pública criticaban abiertamente dentro y fuera de los recintos de las universidades las injusticias del *apartheid*. Se veían a sí mismos como intelectuales públicos; para ellos, no bastaba con 'decir la verdad al poder' en los entornos relativamente seguros de seminarios universitarios o en artículos de revistas, sino que participaban activamente en desafiar y dismantelar el sistema del *apartheid*. Desafortunadamente, tal erudición comprometida, posiblemente una característica definitoria de un historiador público, está en declive en las últimas dos décadas. Con la sólida expansión de la historia pública, seguramente es posible que los historiadores públicos restablezcan conexiones y compromisos con la justicia social.

2. Historia Pública, Activismo y Justicia Social

La historia pública y el activismo social suelen compartir objetivos comunes, aunque de manera inconsistente, a través del tiempo y el lugar. Un hilo sobresaliente que los ha entretelado es una crítica de las narrativas históricas dominantes, particularmente en el sur global donde la historiografía colonial tergiversó y borró las experiencias históricas subalternas. En el proceso, se han producido narrativas contrahegemónicas con ideas que ponen en primer plano y teorizan las prácticas e ideas de numerosos grupos marginados, como las mujeres, los jóvenes, las poblaciones indígenas, los trabajadores, etc. En Sudáfrica y en otros lugares, esto significa poner énfasis en recuperar e iluminar las historias negras. Además, la historia pública a veces ha sido fundamental en la construcción de movimientos de justicia social, como en la educación de activistas sobre historias de luchas pasadas y las lecciones que se pueden aprender de ellas en la construcción de movimientos contemporáneos.

El contexto influye en la determinación de la relación entre la historia pública y la justicia social. El renacimiento a partir de principios de la década de 1970 de los movimientos contra el *apartheid* contribuyó al desarrollo de la erudición radical, en particular la historia revisionista con sus raíces disciplinarias en la historia social, moldeada por el nuevo movimiento de la izquierda y las luchas anticoloniales de las décadas de 1960 y 1970. Entró a un paisaje bastante serio de la historiografía establecida,

una ola de nuevas investigaciones centradas en las historias laborales y comunitarias, y en la resistencia de la clase trabajadora negra en los lugares de trabajo y los municipios. En ese momento, este movimiento operaba bajo la rúbrica de Popular or People's History, inspirada en *The Making of the English Working Class* de E. P. Thompson y en *The People's History of the USA* de Howard Zinn y las numerosas historias de grupos subalternos que emanaban del movimiento History Workshop.

La producción y popularización de historias alternativas fue percibida como un ingrediente importante en la constitución del activismo y las identidades políticas. El referente de este género es probablemente la trilogía de Luli Callinicos, *A People's History of South Africa*, que situó la explotación y la resistencia de los trabajadores negros en el centro de una historia revisada de Witwatersrand (el núcleo minero e industrial del país, con Johannesburgo en su centro). Esta historiografía tenía sus raíces en el activismo político radical, conectado en particular con los sindicatos negros emergentes, que asumieron un papel central en la lucha de liberación. El análisis y la popularización de las historias de conquista y desposesión colonial y el desarrollo de movimientos emancipatorios contribuyeron a la creciente actitud desafiante hacia la hegemonía blanca y a la creación de políticas alternativas. Producir historias alternativas con movimientos, difundirlas a públicos más amplios y utilizar dicho material con fines educativos dentro y fuera de la academia también constituyó el desarrollo temprano de la historia pública en el país.

Sin embargo, la relación mutuamente productiva entre la historia pública y el activismo disminuyó en la era posterior a 1994 de la democracia constitucional, por varias razones. Los traumas de la experiencia negra bajo el *apartheid*, tan gráficamente revelados durante la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, hicieron que muchas personas enfocaran su atención en el presente y el futuro con la esperanza de beneficiarse de la sociedad igualitaria y democrática prometida por la incipiente dispensación constitucional. La mercantilización neoliberal de la educación, con su objetivo principal de producir engranajes en la máquina del mercado laboral, también contribuyó a un ataque concertado al valor social de la Historia, lo que condujo a una disminución del interés en el tema en todas las instituciones educativas en los niveles secundario y terciario. Sin embargo, hubo momentos en que las conexiones entre la historia pública y el activismo se restablecieron e incluso avanzaron. Uno de esos momentos de inflexión fue la lucha de los estudiantes universitarios de 2015-17 (conocida como Fees Must Fall), que se unió ampliamente en torno al llamado a descolonizar las universidades. Durante el curso de esta campaña nacional, los activistas estudiantiles revisaron el pasado para aprovechar las experiencias de los movimientos estudiantiles negros anteriores, particularmente los de la década de 1970, cuando la Conciencia Negra dominó entre los estudiantes y dio forma a sus identidades políticas. El compromiso público con esta historia generalmente implicaba evaluaciones críticas del carácter y los logros de esas luchas, incluida una crítica particularmente profunda al predominio del patriarcado en ellas. Las ac-

tivistas estudiantiles contemporáneas, especialmente las mujeres, insistieron en que sus identidades políticas estarían enmarcadas por críticas feministas radicales al patriarcado y por poner en primer plano las luchas LGBTIQ+. Tales compromisos públicos con el pasado y las reconexiones posteriores de la historia y la justicia social resultaron efímeros y disminuyeron con la desaparición del movimiento estudiantil.

Un área de la historia pública y el activismo que lucha por impulsarse es la de los sindicatos, debido en gran parte al declive de estos y de los estudios laborales. Los esfuerzos para convocar un proyecto de historia pública sobre las experiencias de los años setenta y ochenta pocas veces tuvieron resultados positivos. No obstante, conviene hacer referencia a un modesto ejemplo de nuevas posibilidades basadas en la constitución del diálogo intergeneracional en los sindicatos. Durante la pandemia de COVID, un grupo de jóvenes sindicalistas trabajó con historiadores públicos para producir biografías de mujeres mayores que desempeñaron un papel formativo en la creación de los sindicatos independientes. Las jóvenes recibieron capacitación en métodos de historia oral, realizaron entrevistas y participaron en talleres con pares e historiadores para producir breves biografías de las entrevistadas seleccionadas. Ahora en su tercer año, esta iniciativa se asocia con el descubrimiento de las historias de las mujeres sindicalistas y como parte de una campaña más amplia para desafiar las desigualdades de género persistentes en los sindicatos y la sociedad. Por lo tanto, en la Sudáfrica contemporánea, la historia pública y el activismo solo están conectados de

manera inconsistente; sobre todo cuando se los compara con los años setenta y ochenta. Sin embargo, el creciente descontento y las protestas sugieren la posibilidad de revivir tales relaciones mutuamente productivas en la creación de nuevas políticas de justicia social.

La justicia social se define fundamentalmente por el rechazo de las injusticias múltiples e interseccionales que enfrenta el creciente número de personas pobres y marginadas, así como el planeta Tierra en sí. Se opone diametralmente a la concentración de riqueza y poder en manos de una élite global, el llamado “uno por ciento”. La continua expansión de la desigualdad es el símbolo potente de la injusticia. El concepto de justicia social tiene sus orígenes en las críticas al capitalismo industrial de mediados del siglo XIX, pero cobró popularidad a partir de finales del siglo XX con la proliferación de nuevos movimientos sociales en contra de la profundización de la crisis ambiental, la violencia de género, el racismo, la homofobia, la xenofobia, la pobreza, el poder aparentemente desenfrenado de las corporaciones multinacionales, entre otros. Estos movimientos se definen no solo por su crítica al *statu quo* global sino por su insistencia en que otro mundo es posible, uno basado en la justicia social.

Aunque la relación entre la historia pública y la justicia social está relativamente bien establecida, es importante reconocer que la historia pública no es intrínsecamente progresiva ni está conectada automáticamente con los movimientos de justicia social. En los últimos años, este nexo progresivo y generativo se ha enfrentado a desafíos por un contexto en el

que las nociones del «fin de la historia», las corporaciones multinacionales y los gobiernos afirmando que no hay alternativa al *statu quo* y la popularidad de las ideologías de la “pos-verdad”. Los políticos conservadores han galvanizado sus versiones de la historia para apoyar causas de derecha como la supremacía blanca, la xenofobia y el patriarcado.

Sudáfrica desvela una idea de los flujos y reflujo de las relaciones entre la historia pública y la justicia social. Durante las últimas tres décadas en Sudáfrica, el amplio movimiento de la historia pública, incluido el patrimonio y los museos, se ha enfocado en transformar la historia para que refleje las experiencias de la mayoría negra. La celebración de historias de liberación, un elemento importante en este proceso, ha recibido un fuerte apoyo del Estado y tiende a subrayar el papel de liderazgo del Congreso Nacional Africano, el partido gobernante desde 1994. A medida que la crisis socioeconómica en el país se ha profundizado en la última década y media, la hegemonía del ANC ha comenzado a desmoronarse, creando espacio para el surgimiento de políticas alternativas y contrahegemónicas. En este contexto, hay signos de un renacimiento de la historia pública y la posibilidad de una rearticulación con los movimientos sociales.

Ahora quiero mencionar dos ejemplos para ilustrar estas reconexiones nacientes. Primero, es un programa de historia pública que no tenía aspiraciones de justicia social en su fundación. El Non-Racial Sports History Project (Proyecto de Historia del Deporte No-Racial) se estableció para descubrir las historias de

los deportes de base y el papel que desempeñaron en la lucha contra el *apartheid*. Aunque bastante ignorado en las nuevas historias producidas después de 1994, el movimiento deportivo no-racial (organizado por el Consejo Sudafricano del Deporte) fue reconocido como el ala deportiva del movimiento de liberación y en su mejor momento en la década de 1980 tenía cerca de un millón de miembros. El proyecto es una asociación con ex miembros de SACOS y el History Workshop y en los últimos siete años ha podido recolectar más de 200 entrevistas de historia de vida, curar exposiciones, crear un archivo y producir publicaciones populares, incluso del rol de las mujeres en el deporte. El año pasado este grupo creó una red nacional de pares para llamar la atención sobre el grave estado del deporte en las comunidades pobres y las escuelas públicas, cuyo efecto ha sido negar a los jóvenes pobres el acceso a las instalaciones y la participación en el deporte. En un contexto de desempleo juvenil extraordinariamente alto (entre 40 y 50%) y abuso desenfrenado de drogas, la campaña para la provisión de instalaciones deportivas se percibe como una intervención importante para contrarrestar las innumerables crisis sociales que enfrentan los jóvenes en las comunidades pobres y para presionar al estado para que cumpla con su compromiso de proporcionar servicios públicos.

Segundo, las asociaciones entre archiveros independientes (del estado y las empresas) e historiadores públicos han trabajado para reimaginar los archivos como espacios de activismo. Mientras que convencionalmente los

archivos se perciben como espacios pasivos de recolección y preservación, la idea de los archivos activistas se basa en la reconfiguración continua de los archivos y su uso en el activismo por la justicia social. Las comunidades y la sociedad civil colaboran para crear nuevos archivos y ponerlos a disposición de los movimientos sociales, así como utilizan los archivos para arrojar luz sobre los delitos menores de los gobiernos pasados y presentes y el poder corporativo. De esta manera, la historia pública y los archivos contribuyen a la expansión de la democracia. Los archivos independientes también han sido fuentes importantes en los juicios del personal de seguridad del *apartheid* quienes escaparon de la red de enjuiciamiento de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Este trabajo sigue siendo crucial frente a las injusticias del pasado y también para responsabilizar al Estado democrático.

Estos ejemplos demuestran cómo la historia pública puede ser útil para la justicia social y además revelan las limitaciones de tales contribuciones. Reconocerlo no es disminuir la importancia de este nexo, sino que es un estímulo para su expansión. La relación de la historia pública con la justicia social no debe reducirse a una función instrumentalista estrecha, sino que también debe basarse en oportunidades para criticar, involucrados, el pasado y el presente. Esto no debe malinterpretarse como un fetiche del mantenimiento de la distancia crítica académica, que podría ser un pretexto para desengancharse de las luchas de la justicia social. Eso convertiría a la academia en cómplice de las injusticias del *statu quo*.

3. Autoridad compartida y prácticas participativas en la historia pública

Tiene sentido que la cuestión de la autoridad compartida haya ocupado un lugar central en los debates sobre los significados de la historia pública porque destaca la relación fundamental entre los historiadores académicos y los públicos. La historia pública aspira a inculcar procesos democráticos y dialógicos en las relaciones entre los diversos actores involucrados en la producción de conocimiento histórico. Al hacerlo, tiene el potencial de perturbar las relaciones jerárquicas convencionales entre instituciones, como las universidades, y las comunidades al otorgar autoridad a estas últimas. En la práctica, sin embargo, es muy difícil cumplir con estas aspiraciones durante períodos prolongados. Una pregunta sobresaliente es cómo efectuar una transformación sustantiva en estas relaciones que tienen como objetivo trascender los «procesos consultivos» superficiales cuando sus objetivos invariablemente incluyen «invitar» a las comunidades a participar en arreglos predeterminados que en sí refuerzan las asimetrías de poder preexistentes. Las relaciones jerárquicas necesitan ser desafiadas continuamente, por difícil que sea, para establecer modos genuinamente colaborativos de producción de conocimiento histórico. Es vital para tales esfuerzos reconocer que los socios y sujetos de investigación no suelen ser participantes pasivos; generalmente tienen sus propios objetivos y agendas que influyen en la configuración de los espacios de investigación, así como en el contenido y los resultados de

dicha investigación. Para este efecto, solo se pueden señalar algunas experiencias de convocatoria de espacios participativos creativos en los que el tema de la autoridad compartida ha sido continuamente discutido y reimaginado.

En primer lugar, sin embargo, es importante reconocer el potencial de la historia oral en la coproducción de conocimiento histórico, que es ampliamente reconocido, pero es practicado de manera inconsistente. Las entrevistas son espacios donde se pueden contrarrestar las convenciones de la investigación extractivista, especialmente si se basan en el respeto por los entrevistados como titulares del conocimiento que están dispuestos a compartir. Los entrevistados son más que unos sujetos de investigación y fuentes de información, son también interlocutores y socios en la creación de conocimiento, incluyendo las interpretaciones de historias. Cuando se convocan como diálogos, las entrevistas de historia oral pueden promulgar procesos participativos que sean significativos para todos los participantes. Sin embargo, tales espacios de diálogo no niegan la presencia de múltiples dinámicas de poder entre el investigador y el sujeto a lo largo de fallas sociales como el género, la raza, la clase y la edad. Podría decirse que esta conciencia es fundamental para cualquier instancia de participación creativa en hacer historia.

Durante los primeros años de la democracia, hubo muchos esfuerzos concertados para transformar el patrimonio y el paisaje museístico de Sudáfrica en algo que reflejara las historias de la mayoría de la población negra. En su forma más productiva, estos esfuerzos involu-

craron diferentes ideas y ejes de la producción de conocimiento en los museos y buscaron reimaginar los marcos epistemológicos para la producción de nueva historia y patrimonio. Los nuevos museos fundados en esa época (por ejemplo, Robben Island, District Six, Hector Pieterse) a veces se convirtieron en espacios donde los significados y las prácticas de la historia pública fueron interrogados y posiblemente transformados. El District Six Museum en Ciudad del Cabo ha sido un ejemplo importante de cómo constituir una asociación a largo plazo con una comunidad y de promover su participación en el trabajo del museo: en este caso los antiguos residentes del suburbio (District Six) que fueron expulsados forzosamente por el gobierno del *apartheid*. Según Rassool el museo debe entenderse como un espacio híbrido, que combina la erudición, la investigación, la colección y la estética del museo con formas comunitarias de gobernanza y rendición de cuentas. Este enfoque hace gestos a las prácticas de participación y autoridad compartida. Al hacerlo, también se desafiaron los modos convencionales de producción de conocimiento.

Los proyectos de historia comunitaria proliferaron en la era democrática para contrarrestar el hecho de que las historias de los municipios negros bajo el *apartheid* fueron borradas. Con algunas excepciones, tales historias se centraron inicialmente en los municipios como sitios de opresión, sujetos a violencia y remoción, y también como espacios de resistencia. Así, estas historias solían corresponder con narrativas dominantes emergentes, especialmente en relación con la historia de la liberación que amplificó el papel del ahora gobernante Con-

greso Nacional Africano (ANC en su sigla en inglés). Sin embargo, recientemente la demanda para diferentes historias locales está creciendo. Uno de los principales gatillantes de este fenómeno ha sido el descuido percibido de tales historias en los proyectos de historia impulsados por el estado, que enfatizan el papel de las organizaciones y líderes nacionales, en su mayoría hombres del ANC gobernante. Una consecuencia importante de este cambio ha sido un creciente interés por las historias de experiencias cotidianas, de la vida social, la música, el deporte, la educación y la cultura, junto con un énfasis en importantes figuras locales.

Tales historias comunitarias o locales han proporcionado espacios productivos para la historia pública, donde las comunidades pueden establecer agendas de investigación. De hecho, a medida que las historias públicas locales han recuperado impulso, las comunidades han afirmado su derecho a participar más activamente e incluso a controlar la producción de estas historias. Esto pasó tempranamente en un proyecto sobre la historia del municipio de Alexandra (uno de los municipios negros más antiguos que es también una fuente crucial de mano de obra para Johannesburgo). Al inicio de nuestro proyecto, varias organizaciones comunitarias crearon un Grupo de Referencia Comunitario, compuesto principalmente por ancianos que tenían una posición como custodios de la historia de la comunidad, para servir formalmente de enlace con los investigadores. Su actividad principal era asesorar en temas pertinentes de investigación y compilar listas de posibles entrevistas. Con el tiempo, este grupo dio forma más activamente a la investigación al iden-

tificar los temas y preguntas más destacados a seguir y las brechas a llenar. Es importante destacar que los miembros del grupo leyeron y comentaron los borradores de un manuscrito de libro, generando conversaciones interesantes sobre sus contenidos y argumentos. Si bien los autores conservaron la autoridad sobre el libro, se reconocieron las intervenciones de este grupo. Además, se capacitó a varios jóvenes de la zona para realizar entrevistas e investigaciones de archivo, y ayudar en la curaduría de sus exposiciones. Ninguno de estos resolvió los importantes problemas de autoridad (el libro menos), pero a lo largo de la investigación los miembros de la comunidad desempeñaron un papel cada vez más influyente. Estos ejemplos sugieren la necesidad de experimentar con la creación de espacios participativos y que las comunidades, que no son homogéneas ni están libres de disputas internas, inventen sus propios espacios para crear historias.

Recientemente se lanzó el Soweto History and Archives Project, una asociación entre el History Workshop y varias organizaciones comunitarias; en base a experiencias previas de historia pública en la comunidad, produce historias del municipio más grande e icónico del país. Se establece así un archivo comunitario, que comprende historias orales y material recopilado de organizaciones, familias e individuos, que, con el apoyo de archivos independientes, se digitalizará y hará accesible, especialmente a las escuelas. La investigación se enfoca en la escala local, impulsada por las comunidades. Presta cada vez más atención a lo cotidiano para arrojar luz sobre las ricas historias del arte, el deporte, la cultura, la educación, los espacios de

convivencia, las redes asociativas y la economía local, entre otros. Si bien estas investigaciones marcan un cambio importante con respecto al predominio de las historias políticas, permiten una comprensión diferente y más amplia de lo político. En el fondo, estas dimensiones de la historia comunitaria tienden a ser los dominios en los que las mujeres son más activas, lo que permite un mayor margen para la producción de historias centradas en las mujeres.

Estas aspiraciones de desarrollar prácticas participativas y de trasladar poder en búsqueda de una autoridad compartida adecuada, presentan varios desafíos. Por ejemplo, las comunidades no tienen acceso a recursos para llevar a cabo el trabajo necesario para crear historias. En un contexto de pobreza y desigualdad, es extremadamente difícil sostener actividades de historia pública, incluso con un fuerte compromiso y voluntariado. Como resultado, las iniciativas de historia comunitaria son de corta duración, lo que deja poco tiempo para profundizar en las prácticas participativas. Los proyectos de historia pública sostenibles y de largo plazo son casi imposibles por la falta de apoyo estatal. Las fuentes alternativas de financiación, tanto de las organizaciones filantrópicas como del sector privado, invariablemente producen relaciones de dependencia y también de intereses políticos potencialmente divergentes.

4. A 50 años del golpe militar en Chile y las posibilidades de una historia pública

Sudáfrica no tuvo un evento sísmico equivalente a la tragedia del golpe de estado de 1973 en Chile, pero el advenimiento del *apartheid* en

1948 inauguró de manera similar un período de gobierno violento por parte de una minoría, especialmente cuando fue desafiado por fuerzas prodemocráticas. En el transcurso del siglo XX hubo una serie de masacres de comunidades negras que reconfiguraron profundamente el panorama político. Quizás el más significativo de ellos fue la Masacre de Sharpeville de 1960 y el tiroteo de manifestantes estudiantiles en 1976, que resultó en numerosas muertes, detenciones a gran escala, ahorcamientos, ejecuciones extrajudiciales y hostigamiento general de activistas. Estos fueron algunos de los momentos más dramáticos en la historia del gobierno del *apartheid* que impuso violentamente el despojo de tierras, la segregación, los traslados forzosos y, en general, las malas condiciones de vida de la mayoría negra. Aunque existen diferencias significativas entre los contextos chileno y sudafricano, las reflexiones sobre cómo este último enfrentó las atrocidades mencionadas anteriormente en la era democrática ofrecen algunas ideas sobre el papel de los historiadores en las conmemoraciones.

El gobierno democrático de Sudáfrica controla la mayoría de las conmemoraciones de eventos históricos principales como parte de un proyecto político más amplio de reconciliación y construcción de la nación. Las conmemoraciones tienden a ser especialmente espectaculares y monumentales para indicar la importancia e ilustrar el compromiso del estado con estas. Esto incluye la construcción de museos y la declaración de los aniversarios de la masacre de Sharpeville y el levantamiento estudiantil de Soweto como feriados nacionales, con la intención de recordar constantemente al país

las tragedias que se desarrollaron en esos días. Sin embargo, estas conmemoraciones se han convertido en eventos rituales y expresiones públicas del poder del estado, donde los líderes políticos reiteran narraciones históricas redundantes a sus mismos partidarios mayormente. Cada vez más ausentes de estos majestuosos ejercicios de conmemoración están las comunidades que se vieron directamente afectadas por las tragedias. ¿Qué pueden hacer de manera distinta los historiadores públicos?

Los académicos también han utilizado aniversarios importantes, cuando hay una mayor conciencia pública de tales eventos, para organizar conferencias que reflexionan críticamente sobre los eventos que se conmemoran. Aunque no se establecen como contadores deliberados de las conmemoraciones oficiales, estas conferencias ofrecen perspectivas diferentes e interrogatorios más profundos que las reuniones públicas superficiales. Sin embargo, tales eventos y la erudición resultante generalmente permanecen confinados a los círculos académicos, incluso cuando han hecho contribuciones importantes a los análisis de las atrocidades del *apartheid*. Los historiadores públicos están mejorando en cerrar la brecha entre estas importantes intervenciones académicas y varios públicos. Al convocar eventos y garantizar la participación de las víctimas/sobrevivientes y otras comunidades afectadas, así como producir exposiciones, documentales y material didáctico para las escuelas, los historiadores públicos han contribuido a alterar la forma y el contenido de la conmemoración para reflejar mejor las experiencias y puntos de vista de los grupos afectados. Se han organiza-

do tales eventos conmemorativos en torno a grandes atrocidades, así como tragedias locales como asesinatos y deportaciones forzosas.

Para el aniversario 60° de la masacre de Sharpeville, el History Workshop colaboró con grupos comunitarios. Juntos crearon un programa de conmemoración impulsado localmente que crearía espacios para que las voces de las víctimas sobrevivientes y sus familias fueran escuchadas y creídas en lugar de las de los políticos nacionales que no tienen conexiones con el lugar o los eventos que se conmemoran. Los públicos para las conmemoraciones alternativas fueron otros miembros de la comunidad quienes no solían tener la oportunidad de reflexionar sobre el trágico momento de gran importancia en la historia de su lugar. Tales conmemoraciones locales e impulsadas por la comunidad son más significativas que los eventos espectaculares que invisibilizan a los sobrevivientes y las víctimas.

Podría argumentarse que el compromiso público más significativo con las atrocidades del *apartheid*, que también involucró a numerosos públicos e investigadores, fue la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR). La CVR se estableció poco después de las primeras elecciones democráticas como un ejercicio importante para tratar de descubrir verdades sobre las atrocidades perpetradas durante el *apartheid*, especialmente por las fuerzas de seguridad del estado. A través de audiencias públicas, donde las víctimas y las familias dieron testimonios desgarradores, y con el apoyo de un ejército de investigadores (con énfasis en la recopilación de testimonios orales) se

recopilaron pruebas para producir atrocidades narrativas que también podrían usarse en posibles enjuiciamientos. Sin embargo, la CVR también conllevaba sus propias limitaciones. Sus términos de referencia limitaban las investigaciones y los posibles enjuiciamientos a actos de grave violación de los derechos humanos. Por lo tanto, las múltiples formas de violencia, física y emocional, que definían el *apartheid* fueron marginadas. Su énfasis en las violaciones graves de los derechos humanos llamó la atención principalmente a los combatientes de ambos lados, generalmente hombres. En consecuencia, las mujeres a menudo se reducían al papel de auxiliares en la lucha y como víctimas secundarias: madres, amantes, hermanas. Su agencia y experiencias de diversas formas de violencia fueron así borradas.

Además, el enfoque en dicha violencia tendía a oscurecer la opresión estructural y la explotación que causaron daño a millones a lo largo de generaciones. Se prestó poca atención al papel de las grandes empresas (locales e internacionales) que apoyaron activamente y sacaron provecho de la violencia del *apartheid*. Fundamentalmente, el trabajo de la CVR se enmarcó como una contribución a la reconciliación, como un proyecto de sanación para la construcción de una nueva nación. Aunque estos objetivos pueden haber sido loables, en la práctica reemplazaron la búsqueda de justicia. La evidencia más clara de esto ha sido el insignificante número de enjuiciamientos de perpetradores de violencia, lo que se consideró potencialmente perturbador para la reconciliación entre los antiguos gobernantes del *apartheid* y el nuevo gobierno. Muchas personas que trabajaron

para la CVR, incluidos historiadores públicos, han rechazado este resultado. En cambio, han seguido trabajando con las víctimas y sus familias para descubrir nuevas atrocidades y ayudar en los procesos judiciales. Activistas de la justicia social, archivistas e historiadores públicos, entre otros, han trabajado para garantizar el acceso a los archivos con fines procesales, lo que ha registrado cierto éxito en los últimos años. Al trabajar con las comunidades locales, los historiadores públicos pueden colaborar con ellas para contrarrestar las omisiones y los silencios. Mantener la historia de múltiples atrocidades en el dominio público es un acto colectivo contra el olvido, no como un espectáculo, sino de una manera sustantiva que sea significativa para las víctimas, los sobrevivientes, las familias y sus comunidades en general. De esta manera, los historiadores públicos contribuyen a la búsqueda de justicia continua. Durante la década de 1980, los movimientos contra el *apartheid* y de solidaridad chilena fueron posiblemente los movimientos de solidaridad internacional más importantes. Los activistas sudafricanos extrajeron lecciones de los movimientos que llevaron a Allende al poder, los esfuerzos de su gobierno para transformar la sociedad chilena y el golpe de Pinochet que no solo aplastó la democracia, sino que, con el apoyo de las potencias occidentales, convirtió al país en un laboratorio para el neoliberalismo y la violencia. Víctor Jara fue llorado y celebrado, al igual que las madres que valientemente se mantuvieron firmes en su búsqueda de niños desaparecidos. El año 1990 también marcó puntos de inflexión cruciales en la historia de ambos países: el fin del régimen de Pinochet y el comienzo de una transición negocia-

da en Sudáfrica. Cada sociedad ha recorrido diferentes caminos hacia la democracia y ha intentado enfrentar la violencia del pasado en el proceso. Queda claro que ambos países tienen asuntos pendientes para lidiar con sus pasados: descubrir historias ocultas y buscar justicia. Los historiadores públicos en Chile y Sudáfrica harían bien en restablecer la solidaridad para emprender colectivamente estas tareas.